

Arique

Revista de poesía

No. 61 / Agosto 2019



HOMENAJE
A RAÚL TÁPANES

ARIQUE.– N.s.m. – Voz. ind. – Tira de Yagua para atar o asegurar cualquier cosa; a cuyo efecto se moja la Yagua haciéndola más flexible.

YAGUA.– N.s.f. – Voz ind. – Produccion que a manera de cuero o corteza cubre la parte superior de la Palma Real (...)

Esteban Pichardo: *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* (1875)

(...) para nosotros, americanos, el mito es una búsqueda, una anhelante y desesperada persecución. Mito y lenguaje están para nosotros muy unidos, no pueden ser nunca recreación, sino verbo naciente, ascua, epifanía. Tenemos que situar y crear un rostro en el fuego, en el aire, en el agua, en el remolino que asciende.

José Lezama Lima: *Introducción a Esfera Imagen* (1970)



Arique

Revista de poesía

No.61 / Agosto 2019

Directora: Jobá Fong.

Coordinador: I. S. Merlín.

Edición: Ileana Álvarez y Francis Sánchez.

Diseño: Francis Sánchez.

Correo electrónico:

arique.org@outlook.com

El nombre *Arique* es una idea original de Ángel Antonio Moreno.

Con este número 61, el primero tras el fallecimiento de Raúl Tápanes, se da continuidad al proyecto que él fundó y dirigió, dedicando este número a su memoria.

Ilustraciones:

© **Francis Sánchez**

Páginas: Cubierta, 24, 63.

© **I. S. Merlín**

Páginas: 11, 14, 18, 21, n25, 27, 30-31, 32-33, 34, 38, 39, 42-43, 44-45, 46-47, 48-49, 50-51, 52-53, 54-55, 56-57, 67, 68, Contracubierta.

Otras fotos: archivos personales de amigos y familiares.

Agradecimientos especiales al Frente de Afirmación Hispanista, A.C. (México)



Sumario

HOMENAJE A RAÚL TÁPANES

ENTREVISTAS

- Francis Sánchez: Para atar al poeta Raúl Tápanes con “tiritas de yagua”, dos entrevistas en una: a la Amada y al Amigo /**4**
Francis Sánchez: Los poetas siempre vuelven. Entrevista a Raúl Tápanes /**15**

MEMORIAS

- Urbano Martínez: Raúl Tápanes López: testimonio personal /**19**
Amir Valle: Atar los sueños con ariques /**22**
Lorenzo Suárez Crespo: Por esas rutas /**24**
Félix Luis Viera: *Arique: m. Cuba. Tira de yagua que se emplea para atar* /**26**
William Navarrete: Raúl Tápanes y el sacerdocio ingrato de la literatura /**28**

POEMAS PARA RAÚL

- Francisco Henríquez: Adiós a Raúl Tápanes López /**30**
Jerónimo Castillo: Jobá, Raúl e Iván | A Tápanes López /**31**
Yasmín Sierra Montes: Réquiem por Raúl Tápanes /**33**
Ileana Álvarez: *Peces que comen...* /**34**

ESTUDIOS LITERARIOS

- José Luis Fernández Ortega: Raúl Tápanes López, aproximación al actuar del poeta /**35**
Karyon Kuma: Más allá del caos, la palabra /**39**

OBRAS DE RAÚL TÁPANES

Poemas

- Lobito, puerto negrero /**42**
Reiteraciones o peregrino al borde de la tierra /**44**
Del miedo y otras calamidades /**49**
San Lázaro, caballero errante /**53**
El Campo de Montiel /**53**
Encantamientos /**54**

Novela

- Angola: testimonio de una guerra (Fragmento) /**56**



Para atar al poeta Raúl Tápanes

con “tiritas de yagua”,
dos entrevistas en una:
a la Amada y al Amigo

Por: FRANCIS SÁNCHEZ

Preparando la edición de este número especial de *Arique*, en complicidad con Jobá, viuda de Raúl Tápanes, y con Iván, su mejor amigo, nos planteábamos recopilar impresiones de quienes conocieron al poeta o lo acompañaron en un gran trecho de su vida. Pero, de pronto, advertí que las dos personas más autorizadas a devolvernos la cercanía de Raúl Tápanes, no eran otras, sino precisamente ellos dos. Iván Suárez Merlín nació en Matanzas, Cuba, en 1969, y actualmente reside en Madrid. Jobá, chilena, vivió con Raúl en Valparaíso, en las ciudades estadounidenses de Washington y Miami, y actualmente reside en Barcelona.

Me propuse que ambos abriesen sus recuerdos para los lectores, com-

partiesen el caudal de sus vivencias, y, para lograrlo, les uní en un lazo de interrogantes. Elaboré seis preguntas y se las entregué a cada uno por separado, esperando la sorpresa de que con sus respuestas nos ofrecieran puntos de vista lógicamente distintos. Luego, les hice otras cuatro preguntas a cada uno, ya en un acercamiento más acorde según las perspectivas que cambian entre la esposa de la intimidad y el amigo de bares y otras andanzas. El resultado, es el siguiente diálogo.

¿Cómo conociste a Raúl?

I. S. MERLÍN: En una de esas típicas tardes matanceras, en pleno agosto cubriendo la tristeza de las calles y la

multitud frente a las tiendas en sus colas rutinarias para el pan, y con el bullicio de la ciudad dormida, Javier, un amigo común, nos presentó en el Museo Farmacéutico. Hablamos, como en un curso disyuntivo, de literatura, arte, la vida y sus orbitas delirantes, y de aquella ciudad que se consumía en el Periodo Especial, en la memoria de lo que fue, del destino itinerante del poeta y sus raíces fuera de toda direccionalidad, de este o aquel gueto, la infinita necesidad de decir, marcar algo en el origen de aquellos días que rajaban las venas. Pese a nuestra herencia maldita, ofendida por generaciones, Raúl aún soñaba su literatura, su poesía, como una necesidad que nos salva del olvido y la miseria.

Hablamos de esos amigos ya perdidos que fueron en la tempestad a buscar su Ítaca, los que murieron en las turbias aguas del trópico, en los márgenes del Yurumí, de aquellos que dejaron versos memorables y desaparecieron sin dejar una huella de su cuerpo o un trozo de su camisa sudada por el verano irreverente.

Rodeados de los turistas como moscas que visitaban el museo, la fetidez del puerto acariciando el aire y la rumba disidente en el Parque de la Libertad, allí salió —como la mujer despeinada y seductora de la estatua que en este parque muestra sus senos al busto de Martí—, la inaudita idea de la revista *Arique*.

JOBÁ FONG: A través de una página social, en el año 2003. Raúl prepara-

ba una exposición de artistas y pintores cubanos en España y deseaba establecer contactos y, por esas cosas de la vida, coincidimos, y empezamos a conversar y a conocernos por mail y llamadas telefónicas. Estuvimos hablando por casi 6 meses, hasta que decidí viajar a Cuba y conocerle personalmente.

¿Qué fue lo que más te unió a Raúl?

MERLÍN: Aunque éramos de distintas generaciones, nos entendíamos no solo como poetas con intereses afines, seres humanos en un mar de cristal que buscábamos esa orilla para salvarnos del naufragio. Raúl, como escapado de una película de los años 20, melancólico, y con una sonrisa siempre presente, cortés, con su capacidad de aceptación de las diferencias —fue esa pincelada lo que dio el toque final a nuestra amistad—, capacidad que almiaraba en el respeto por los otros pese a las diferencias, el poder hablarle sin ser juzgado como hacían los inquisidores invisibles que nos atormentaban, censurado en esos tribunales de miedo que teníamos dentro, por las ideas que nos definían como seres únicos o copias, o los ocultaban de quienes éramos en realidad, los ismos de la época, el miedo al espía cotidiano, al gallinero intelectual y los venidos a menos, el sentido de pertenencia a una ciudad en declive, vendida como una puta barata a todo aquel que simulara su amor, su culto.

JOBÁ: Me impactó y mucho su forma de pensar, de sentir, de ver la vida. Cuando tuve la oportunidad de conocerle personalmente, admiré su forma de vivir, de plantarse frente a la vida, su capacidad de resiliencia después de haber pasado por una experiencia tan inquietante y a la vez dolorosa como lo fue una guerra, no suya, sino en la que su país lo involucró y que le marcaría para siempre.

¿Y por qué crees que sea necesario mantener la salida de la revista *Arique*? ¿Qué crees que Raúl pensaría sobre ello?

MERLÍN: *Arique* fue el nacimiento dentro de tanta oscuridad, vacío, juegos diabólicos, de un reto, una diferencia para poder expresar, sentir la vida en una soledad más nuestra, más tierna. Fue un pequeño niño entre gigantes de humo, un quijote sin lanza, desnudo, en un corcel de madera o piedra fría.

Arique, como todo niño, creció, de adolescencia rebelde, acida, y entre esas pautas llegó su madurez, su consciencia. *Arique* pretendía unir, bajo su ritmo, a los que de dentro de la isla, los que en otras ciudades ejercían el oficio de escritor. Era esa parte de Raúl que pretendía el cosmos, el sueño de todos nosotros ya fuera en versos, dibujos, atracciones o simples pinturas de guajiros tomando café. Fue una idea de un velero donde todos compartíamos el arte, el amor, la necesidad del retorno, el último poema antes de morir. Sin importar quién

eras o qué eras, *Arique* estaba ahí, para todo artista, todo aquel que quería espesarse fuera de lo establecido, de todo lo oficial o disidente.

Pienso que *Arique* no es solo la continuidad de Raúl, pues nos sigue juntando, ya sea en el exilio, la isla, o la muerte.

Una revista que ya tiene su vida propia, su apellido en el mapa de la literatura, y con hijos que necesitan de sus padres para crecer en la diversidad del universo.

JOBÁ: *Arique* siempre se caracterizó por ser una publicación independiente que promovió a poetas y artistas cubanos de dentro y fuera de la isla, sin distinciones, algo que pocas publicaciones han hecho. Sólo por eso creo que vale la pena mantenerla.

Era el objetivo de Raúl y creo que, donde quiera su espíritu esté, le dará satisfacción.

¿Y si te pidiera hacer un retrato psicológico de Raúl, según haya quedado grabada su figura dentro de ti?

JOBÁ: Raúl fue una muy buena persona. Empático, cariñoso, trabajador, inteligente, con una gran capacidad de adaptación a los cambios y situaciones que la vida le fue imponiendo. Nunca se amilanó ante nada, por el contrario, asumió los desafíos con mucha entereza, incluso su muerte, y eso fue lo que más le engrandeció.

Su preocupación siempre fue la libertad de Cuba.

MERLÍN: Hacer un retrato psicológico de Raúl, sin ser pintor, o de cualquier hombre, es un arduo reto. Como todo humano, él tenía sus abismos, sus monstruos del pasado en la guerra que en las lunas de enero aparecían como lobos hambrientos a roer sus huesos. Quizás en sus laberintos sentía la vida con todo su peso, su familia, la nostalgia de su tierra que tras unas cervezas se ocultaba, y así los versos caían sobre el papel en blanco.

Las virtudes y defectos son cosas de los curas para mantener su nómina. Raúl más bien era una de esos hombres que se debatía entre el poeta y la rutina de la vida, en lo que se esperaba de él y sus sueños, y en todo ese diluirse siempre sonreía, y esa risa se agradece en un mundo tan serio. Como un faro que nos alejaba de los problemas, de la mezquindad, aparecía con su eterna sonrisa.

Lo recuerdo así por las calles de Matanzas rumbo a la UNEAC, donde trabajaba, y el peso del universo entre sus ojos azules, hablándome del nuevo número de *Arique* y de los poetas de la generación de *Orígenes*, de los últimos escándalos en el quehacer intelectual, las editoriales, las ansias de alguna noticia de Joba y su encuentro como un soldado que regresa de una guerra o un romántico amanecido en Valparaíso. Un isleño en las mojadas calles de Washington viviéndose una Isla del retorno en un cuadro de Mariano.

¿Hay algún texto de Raúl que creas que lo representa mejor?

JOBÁ: En la mayoría de sus versos, cada vez que los leo, hay parte de él, obviamente, pero creo que el que mejor lo representa, según mi modesta opinión, es un fragmento del poema "IV", del libro *Provincias de la memoria*:

*Pongo a caminar mi cadáver
y atravieso los negros espejos
en el reino
que me callan,
en la misa negra de los pedacitos de mi infancia:
soy el número de la incertidumbre,
el destino del azar. Una piedra
lanzarán todos a mi cadáver
inconcluso.
Soy la oscura provincia en
que alguien escribe
el edicto del olvido.
Soy apenas la resta, el error:
nací al margen,
no es este mi tiempo...*

Porque, pienso que se está describiendo indirectamente, es una persona diferente, de un espíritu especial, de una sensibilidad extraordinaria, impropia de nuestro momento. Así fue él.

MERLÍN: Una pregunta difícil para mí, ya que mis recuerdos, así como mi memoria literaria, están muertos por el alcohol, y en estos momentos no llegan a mi mente sus escritos, sí algo de su poesía definiéndolo en la modernidad y lo vivido por la guerra.

En el fondo, para mí, lo que a él más lo representa, es su trabajo con la revista, ahí, en cada una de sus

páginas, está la esencia de Raúl, sus gustos, su inconformidad con el arte y con la creación, con la subjetividad de las ideas políticas, de esa problemática que adonde vayamos nos sigue como una sanguijuela.

Su poesía, así como su narrativa, en este caso su novela inédita, son esas zonas íntimas, la dura realidad vivida en Angola, el dolor de lo perdido.

Sin embargo, *Arique* es su creación más cercana, más humana, ya que estamos todos sentados dentro de ella y seguimos ese curso, descubriéndonos en los otros, aunque nunca nos hayamos visto, solo nombres ya familiares, queridos, una obra común donde no solo Raúl escribe, escribimos nuestra propia narrativa, el poema que nos hace memoria, eternidad. Su mejor definición, su estilo, entre signos de admiración, como hojas cayendo en la bahía de Matanzas.

Cuando alguien muy querido se marcha, a veces algo queda pendiente. ¿Qué te hubiera gustado hacer junto con Raúl?

MERLÍN: Quedan cosas pendientes con aquellos que se van, sí, por qué no. Poder sentarme con él en un bar de cualquier ciudad y, entre copas de whisky, cuestionar su partida, porque por ley yo era el suicida, el que quería dejarlo todo, quien estaba repugnado de la vida porque el universo me parecía ese cuento de un idiota ruso.

Sí, en realidad jode que se fuera él primero entre los besos de la

muerte, y quedarme aquí, donde no pertenezco, y cuestionar que ahora el tiempo nos juntara en algún otro mar o no, que cada uno tendrá un *camino* diferente y ya no se podrá decir lo pendiente, que ya el tiempo para ello terminó.

Siempre me quedará la satisfacción de su amistad, que pudimos conocernos, en las roídas barras de un bar en la calle Milanés, bebiendo un Ron destilado en las mismísimas caderas del infierno, y cómo me escuchaba en mis disyuntivas del suicidio, lo que le dio idea para un número de la revista dedicado a los poetas suicidas.

Si hay otra inaudita métrica del tiempo que nos junte, me gustaría dejar mi irreverencia, mi hostilidad a un lado del abismo, y caminar juntos por su ciudad amada y dejar caer al Yumurí una ofrenda por los poetas muertos.

JOBÁ: No, afortunadamente, no nos quedó nada pendiente. Desde el momento de la noticia de su enfermedad, como dije anteriormente él la asumió con entereza, yo me derrumbé. Conversábamos horas y horas, de lo que yo debía hacer cuando él ya no estuviese. Raúl siempre se mostró confiado, sereno, listo, sentía que su paso por esta vida estaba concluido, que no dejaba nada pendiente. Estaba tranquilo y en paz. Es lo que más admiré y me dolió en esos momentos.

Claro que me hubiera gustado terminar nuestra vida juntos, como siempre hablábamos en momentos

de intimidad, pero la Vida dispuso otra cosa, no se pudo y ahora hay que continuar.

EN UN APARTE CON JOBÁ, LA ESPOSA:

Nos preguntamos si quedaron obras inéditas. Entre lo que Raúl dejó sin publicar, ¿hay libros terminados, listos, como para que se puedan publicar?

JOBÁ: Sí, desde que volvió de la guerra de Angola, situación que lo marcó profundamente, comenzó a escribir un libro que contenía mucha información relacionada con la guerra. Estuvo en ello muchos años, buscando información en bibliotecas y luego a través de testimonios que le daban personas en un blog que abrió en la web, llamado *Havanaluanda*. Hizo contactos con veteranos sudafricanos, angolanos y también familiares de cubanos y así, durante mucho tiempo, logró recabar información para este proyecto que concluyó en el año 2017, justo al momento de enfermar. Terminó su investigación y la dejó lista para editar y publicar. Espero y ansío, sacar a la luz su investigación, porque contiene mucha información valiosa que recabó con dedicación. Es mi promesa y espero cumplirla pronto.

También dejó una antología personal de su poesía, lista para ser editada, que contiene poemas de cinco momentos importantes de su vida poética.

¿Cómo crees que el exilio lo haya afectado especialmente?

En septiembre del año 2005 Raúl llegó a mi país, Chile, en plena estación primaveral.

Nuestro clima no fue benigno con él, acostumbrado al calor de su isla. Sin embargo, con el tiempo y el cariño de quienes nos rodeaban, se fue adaptando. Creamos una pequeña editorial, mientras continuaba haciendo *Arique*. Realizó una exposición de pintores y artistas de Cuba, en Santiago de Chile, que lo hizo sentir muy feliz. Pero el bichito de Estados Unidos le llamaba y en marzo del 2010 emigramos. Vivimos en Washington D.C., y desde allí, en el año 2014, tuvo la oportunidad de volver a Cuba y reencontrarse con su familia. Luego, nos mudamos a Miami, él siempre quiso vivir allí, porque el clima era el más parecido al de su isla. En 2016, nuevamente volvió a Cuba. Creo que el exilio no fue tan desfavorable para Raúl porque le permitió conocer otras culturas, ampliar sus horizontes, reencontrarse con su familia y visitar incluso su añorada isla caribeña.

La guerra de Angola era una de sus obsesiones, y otra lo era el suicidio. ¿Raúl estaba herido por el recuerdo de aquella guerra? ¿A qué crees que se debía su interés por recuperar los testimonios de aquella campaña bélica, y por entender a los suicidas?

Por supuesto, la guerra hiere a todo el que la vive o participa en ella. Deseaba dar a conocer el drama de la guerra porque en esos momentos las informaciones no eran muchas y tampoco muy veraces. Hasta el día de hoy muchos familiares de cubanos no saben qué fue de sus muertos, ni dónde están o cómo murieron. Él buscó y buscó información y fue tal su empeño que logró dar con fotos, lugares, las causas de muerte de cientos de soldados que el régimen cubano no ha facilitado a los deudos. La investigación tiene un apéndice que detalla con nombres y fotos a todos los mártires de la guerra.

En cuanto al suicidio, también fue un tema apasionante para Raúl, porque decía que la mayoría de los poetas cubanos que morían, no lo hacían de forma natural, sino por ser suicidas. Y también dedicó tiempo a realizar una investigación que dio como resultado un ensayo llamado “Siete poetas suicidas cubanos”.

Sí, creo que escribir acerca de ellos era su forma de ahuyentar estas dolencias del alma.

¿Cómo recuerdas el empeño de Raúl en hacer la revista *Arique*, las dificultades y las ilusiones con que la hacía? ¿Hallaba especial gozo en este proyecto?

Raúl era una hormiguita. Recuerdo que siempre decía: “He pasado muchas horas nalgas antes de parir este *Arique*”.

Y así era. Hacía su trabajo en solitario, silencioso por días y muchas horas frente a la computadora, pero le gustaba, era feliz con lo que hacía, no en vano lo estuvo haciendo por 17 años sin descansar. En un principio con una máquina de escribir y sacando copias con papel carbón para repartir entre poetas amigos, hasta que recibió el apoyo del Frente de Afirmación Hispanista y pudo tener acceso a una computadora, lo que simplificó un poco su trabajo, aunque con limitaciones para publicar, propias de un régimen dictatorial. De todos modos, nunca se amilanó, insistió hasta que pudo dejar la isla y continuar haciendo su *Arique* desde el exilio.

La revista le daba la satisfacción de publicar especialmente a todos aquellos poetas marginados por el régimen de la isla, aquellos a los que nadie publicaba. La publicación fue pensada para ser independiente y eso era muy importante para Raúl, porque todos tenían cabida en ella, tanto los autores consagrados como los menos conocidos, sólo debía ser cubano, sin importar si estaba dentro o fuera de la isla, nada más. Así esta tira de yagua, *Arique*, ha logrado ayudar a muchos poetas cumpliendo el objetivo por el que fue creada.

EN UN APARTE CON IVÁN, EL AMIGO:

Su ciudad de origen seguía uniéndolos a ustedes en el exilio. ¿Qué significaba Matanzas para Raúl?

Matanzas, como dijo el poeta, es una ciudad de nombre perverso. Para mí, una ciudad terrible, dormida en una infinitud de penas, santerías, miedos amontonados como ratas en el malecón, sudores de obreros emigrados, de corrupción política, militante y extremista, una de esas ciudades de muerte lenta. Para mí, un crimen. Para Raúl, su ciudad eterna, con su folclor peculiar, sus guajiros mañaneros, sus locos clásicos intemperantes haciendo sus ronda por el parque y las bibliotecas, como clásicas figuras cervantinas.

Raúl amaba Matanzas, su gente, creo que en su interior la ciudad lo acompañó siempre. Y, alguna vez que hablamos, manifestó su deseo de retornar a ella, de retomar su *camino* en sus majaderas calles. Él alimentaba esa sed y creía que en algún momento en la isla los límites políticos, dictatoriales, ya no serían un obstáculo para habilitar la ciudad, crear con libertad, hacer de ella un paraíso recobrado, seguir tejiendo ariques creativos, multitud de encuentros de amigos que aun transitan desde el Teatro Sauto a la UNEAC, del puente al matadero.

A Raúl, como a Milanés, lo atormentaba la ciudad, su ciudad, era ese amor-odio lo que le hacía escribir, dejando escondidos sus poemas en los armarios para que algún día aparecieran impresos en algún folleto que un adolescente leyera a su novia.

Y ese origen perverso de la ciudad nos mantuvo unidos en el exilio, en el tiempo sideral, en los infolios



de la revista y, los eternos temas del poniente, y el seguir alimentando a *Arique* con nuevos temas, nuevos rostros descubiertos en el quehacer literario, en esos otros orbes que hoy son nuestra otra Matanzas sin retorno, un exilio necesario o un trago de alcohol difícil en la garganta que nos recuerda el origen.

¿Por qué, y cómo, surge Arique? ¿Cómo hacían los primeros números?

Arique nace como un reto a lo oficial, la necesidad de algo nuevo y diferente dentro de la isla. Las revistas existentes, legitimadas por el poder, solo publicaban sus grupúsculos, por aquella época está el debate de la negritud, la ola gay y la reafirmación de la intelectualidad cubana con el poder, en este caso Fidel Castro, y el huracán que destrozaba la isla. Nuevos talentos frecuentaban los cafés, las tertulias, ya fueran pintores o poetas, creadores todos, talentos desconocidos, y muy poco de su trabajo llegaba a las revistas, mucho menos a editoriales, galerías o teatros, eran una generación invisible como en algún momento se les llamó. Tal vez los músicos se escuchaban más, sobre todo los trovadores, más agraciados.

Arique pretende marcar una diferencia, permitir que estos creadores publiquen sus obras, que se debata, se sienta que hay voces nuevas que gritan, aúllan su llanto, su propio discurso. No quieren seguir en lo oscuro, sus creencias se diluyen, han perdido la brújula, y ven en el arte

su medicación, un *camino* para justificar su existencia, conocen el precio y están dispuestos a dejarse ver tal cual son.

Raúl intentó que la revista encontrara un espacio dentro del quehacer literario y se publicara, lo intentó en las entidades culturales matanceras, en los distintos sectores y asociaciones del medio, pero sin éxito. Solo recibió negativas, tragos amargos, peligrosos cuestionamientos. Es ahí donde *Arique* deja las cloacas y los gallineros del oficialismo, y salta a tener una vida *underground*. Los primeros números se imprimen en casa, con pocos recursos, apenas con el sueño de lo posible. Puede que por esa época haya sido una de las pocas revistas con valores literarios, genuina, sin chovinismo y con vida propia en Matanzas, y diría más, en la isla.

En Cuba, cuando alguien se marcha, y máxime cuando alguien arriesga criterios propios, suelen dividirse los amigos entre quienes se alejan, toman distancia por miedo o instinto de conservación, y quienes refuerzan el vínculo afectivo. ¿Hubo colegas, del mundo literario en Cuba, y amigos, que permanecieron unidos a Raúl, atados con “ariques”?

Los amigos que quedaron son los que recordamos, los que aparecen en la revista, los que han dejado una huella y han roto esos miedos infundados, existenciales. Los otros, los que dijeron no y dieron la espalda, no los recuerdo, no existen, quedaron

en la isla hundidos en su miseria y blasfemando. Es esta la diferencia para mí, la forma de ver esta partida de ajedrez, este exilio necesario y su precio. Siempre queda el traidor necesario, el topo, el impertinente que aunque no esté lloviendo aterriza con paraguas.

Creo también que la amistad de Raúl se solidificó mucho más con sus amigos de la isla, así en cada viaje estaban ahí, y otros nuevos se juntaban. Raúl era uno de esos hombres de fácil amistad, no creo que para él fuera difícil que los amigos se mantuvieran a su lado a pesar del precio o el riesgo y la lentitud. Tomaron esa fría distancia los payasos de turno, oportunistas, y los que nunca fueron amigos. En *Arique* se ve el resultado de los que se quedaron, ahí están, en sus letras, en sus diseños, en las palabras, y eso es lo que determina y nos salva. Los otros son olvido, parte de esa liturgia que la vida nos da para seguir adelante. Ya no importan esos juegos o malabares de la singularidad isleña, para el guajiro, la puerta siempre está abierta al viajero, al amigo, con una taza de café caliente. Esa grandeza de antaño le acompañó siempre en su viaje. Queda en nuestra manos su legado, el capitel de la torre o el fin de la utopía.

**Y después, en el exilio, ¿cómo fue re-
tomar y continuar la revista *Arique*?**

Para Raúl la revista era como un hijo que seguía alimentando, creciendo, y ya no le bastaban los límites del agua que rodea la isla. Ya en el exilio, vio que los muros se rompen y caen, y que las fronteras con Internet son algo subjetivo. *Arique* podía llegar a vivir su sueño, imprimirse, y ser, dentro del mundillo literario, una revista de referencia, de retos, de fuerza.

Su continuidad era necesaria, ella en sí tenía cuerpo, vida propia, ya fuera para los que vivíamos aquí o los que se debatían en los infiernos de la isla. Nos permitía escucharnos, nos acercaba a unos y otros, de alguna forma unía esas líneas del tiempo y el espacio. Podíamos seguir dialogando, seguir en contacto, aunque con diferentes ideologías o tendencias. Como cuando dos repentistas tienen un pie forzado en una canturía de domingo. Esa métrica de unidad también es parte de *Arique*. Cuando se teje una canasta con yagua, es sólida, resistente a las tempestades, como las que han azotado en todo el tránsito de la revista.

Son recuerdos hermosos, dolorosos por momentos, y en sus páginas quedan esos poemas escritos en Londres como “La imagen en el charco”, y la nostalgia del amigo que en esos reinos de la metafísica ahora toma una cerveza y brinda por nosotros. ●



Los poetas siempre vuelven

Entrevista a Raúl Tápanes

Por: FRANCIS SÁNCHEZ

El poeta Raúl Tápanes López nació en Matanzas el mismo año que Fidel Castro asaltó el cuartel Moncada (1953). Allí fundó, en el comienzo de este siglo, la revista independiente de poesía *Arique*, pero poco después emigró. Desde 2005 ha residido fuera de Cuba, transitando por varios países. En un breve regreso a la Isla, le he hecho diez preguntas. Él se considera un autor nada excepcional, pero su testimonio es sin duda el de un auténtico poeta que se siente muy cerca de las tragedias y vivencias comunes de los cubanos en esta época.

Autor de los poemarios *De la desesperanza y otros poemas* (Frente de Afirmación Hispanista, México, 1999), *Reiteraciones o peregrino al borde de la tierra* (autoedición, Valparaíso, 2001) y *De las altas ciudades, poemas de miedo y exilio* (T&F Editores, Santiago de Chile, 2007), entre otros.

Tápanes también ha compilado las selecciones *Antología de la poesía*

cósmica de Matanzas (FAH, México, 2003), junto a Iván Suárez, y *Siete poetas suicidas cubanos* (T&F Editores, Santiago de Chile, 2009).

¿Tu poesía, de qué angustias se ha nutrido?

De la angustia y el dolor fundamental que conlleva “esta vida miserable y maravillosa”, como escribí en alguna parte. Supongo que de iguales angustias y dolores que para la mayoría de las personas. No soy un poeta excepcional ni tampoco un ser humano ideal, sufro, y a veces hasta lloro de rabia como todos y en medio de este árido desierto disfruto, también como todos, de los pocos oasis de felicidad y gozo.

¿De cuál Cuba te alejabas cuando emigraste, y cuál llevabas contigo para siempre?

Quizás me alejaba, en lo personal y lo social, de una situación cerrada,

sin horizonte, de problemas y de circunstancias que me ahogaban y tenían atado. Y pretendí llevarme sobre todo la luz, lo bueno de mi gente y el cariño de los míos, para descubrir al final que también me llevaba mis limitaciones y mis fantasmas.

La diáspora, ¿qué ha significado para ti?

El camino del emigrante, como el del exiliado, es siempre difícil. Dejar atrás tus seres queridos, tu tierra, darle un vuelco total a tu vida, más cuando ya no se es joven, es sumamente duro. El argentino Oliverio Gironde dijo algo así como que el verdadero poeta es aquel que en determinado momento decide darle vuelta a todo lo que ha hecho hasta entonces, y queda con su trasero al aire, empezando de nuevo. Para mí, además de los dolores ya mencionados y de otros de los que no quiero ni acordarme, ha significado la posibilidad de aprehender nuevas culturas y vivencias, de ver mi aldea, mi vida y mi trasero desde arriba tratando de no perder mis raíces, sin olvidarme de mi rostro.

La revista poética que haces no puede tener un nombre más cubano. La has mantenido a pesar de ir desde un país a otro, o sea, no has soltado los ariques de guajiro. ¿Qué significa cargar con Arique a través de otras geografías?

Comenzó como un sueño, la ilusión de hacer algo útil y hermoso de una

manera que no se había hecho antes y en un momento difícil. Cargamos con el arique como se cargan tantas cosas en el alma de los poetas y de los emigrantes. La seguimos haciendo ahora, 16 años después y tres países más allá, como manera de reafirmarnos cada día que estamos vivos y seguimos en el camino, a pesar de todo, en ese intento de atar, de unir las cosas más diversas, que es para lo que nuestros guajiros usaban el arique, unir en la poesía a los cubanos de una parte y otra de las aguas, de un lado y otro de la palabra, por sobre todo lo que nos divide y separa. Y es también el reto de seguir llevando esos ariques a una dimensión más vasta.

Después de muchos años lejos, ¿cómo has vivido el reencuentro con el país natal?

Decía Josph Brodsky que los poetas siempre vuelven —en carne y hueso, o en papel— pero nunca se vuelve al mismo lugar, ya el lugar es otro, ha cambiado. Y es la última y peor de las maldiciones que persiguen a los viajeros, desde Ítaca hasta nuestros días: sentirse un poco extraño en todas partes, como si las raíces de que hablábamos antes quedaran al aire, quizás como el nombre de tu revista, como un «árbol invertido». Sin embargo, descubres que aún hay mucho que te ata a ella, que allí están aún esas raíces, quizás al aire, pero allí, junto a tu cultura, a tu lengua, a tu gente. Porque aún te duelen y te palpitan al lado izquierdo del pecho.

¿Publicarías tu poesía ahora mismo en una editorial de Cuba si te lo pidieran? Matanzas ha tenido un movimiento editorial importante en los últimos años, donde se han publicado incluso poetas de la diáspora. ¿Nunca te han propuesto publicar en tu ciudad de origen?

Nunca me han propuesto publicar mi poesía en ninguna parte. Tampoco en Cuba: nunca formé parte de los elegidos. Pero he publicado mi poesía en Matanzas: la publiqué en los primeros números de *Arique* y también en ediciones caseras de mis primeros poemarios, hechas a mano, armado de una vieja máquina de escribir y mucho papel carbón. No considero que haya una poesía de la diáspora y otra que, por implicación lógica, no es de la diáspora, ni una poesía de un lado o de otro. No creo que la poesía de Heredia sea menos cubana que la de Byrne, *Ismaelillo* no se escribió en la Isla. No creo, ya lo dije, ser un poeta excepcional, pero si me lo pidieran publicaría en cualquier lugar donde se respete la poesía, incluso la más modesta, como la mía.

Matanzas es ciudad de grandes poetas, ¿con qué autor, libro o verso de esa gran historia lírica te sientes más identificado?

“La Atenas de Cuba” —me gusta llamarle así— ha sido cuna de muchos y muy grandes poetas, por lo que la respuesta puede ser muy amplia. Pero en primer término me siento

más representado cuando pienso en los poetas que han sido un poco relegados por distintas circunstancias, como Agustín Acosta o Luis Marimón. Cuando comenzamos la aventura de publicar una cuasi revista de poesía como *Arique*, allá por el 2000, siempre pretendimos que fuera vehículo para las voces menos conocidas, las que no aparecían en las antologías ni en los planes editoriales de nadie.

Te ha interesado el fenómeno del suicidio en la poesía cubana, ¿por qué?

Lo tanático está profundamente enraizado en la cultura hispana y cuando te adentras en la poesía y en ciertos estudios, vas descubriendo cosas increíbles como que los indios caribeños llamaran a la mayor de las Antillas como “El bello país de la muerte”, te estremeces con el Martí de Ezequiel Martínez Estrada o lees a tanto poeta atormentado y suicida. Matanzas es una ciudad estrechamente relacionada con la muerte y hasta el valle que la embellece —valle del Yumurí— debe su nombre a un suicidio. Y aunque el suicidio es un tema recurrente para los poetas de todas las latitudes, en Cuba, además, convivimos con él desde pequeños; en el transcurso de nuestra vida todos conocemos de algún amigo o vecino que se quitó la vida de una u otra forma, y nos habituamos a verlo como parte del entorno, del paisaje humano que nos rodea, como a los locos y a los poetas.

¿Y tú has pensado alguna vez en el suicidio?

Considero que el poeta, si lo es realmente, es una persona sensible que como ha definido un amigo común, escucha las voces ancestrales de su inconsciente y del inconsciente colectivo, que le atormentan y obligan a expresarse. Por eso creo que alguna vez, en algún momento, los que hacemos versos hemos pensado en el suicidio. Es una posibilidad siempre latente, como otra cualquiera.

Si pudieras escoger lo que Borges llama “una muerte propia”, ¿cuál podría ser?

Siempre asocié un paradisíaco paisaje de mi niñez —la sombra de un árbol frondoso, entre una suave ladera y un río tranquilo, casi dormido— como el lugar ideal para tenderse y yacer en el último instante, al atardecer. Pero ya con un pie en el estribo y tanta tierra recorrida me conformaría con cualquier tranquilo rincón: la luz del paisaje y su poesía siempre estarán conmigo. Ojalá que también la paz. ●

*En Diario de Cuba,
12 de marzo de 2017,
y en Árbol Invertido,
14 de octubre de 2017.*



A photograph of Raúl Tápanes López, a man with short dark hair, wearing a dark jacket over a light-colored shirt. He is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression. The background shows a stone staircase with water cascading down it, suggesting an outdoor setting like a park or plaza.

Raúl Tápanes López:

testimonio personal

Por: URBANO MARTÍNEZ

Raúl Tápanes López (Matanzas, 1953) vino a mí, a mediados de los años noventa del pasado siglo, casi como un relámpago: impenetuoso y regando extrañas luces. Una tarde, el Dr. Gerardo Díaz me avisó que Tápanes quería conocerme. Ya en mi casa, conversamos un buen rato sobre asuntos literarios diversos y acerca de África, tema que nos unía de alguna manera, pues ambos habíamos estado en Angola durante los difíciles años de la guerra. Casi al marcharse, me pidió que me integrase al comité cubano editor de *Francachela*, una publicación poética con sede en Sudamérica, sin país fijo, pero con el propósito de publicarle versos a todo el que quisiera.

Hablamos mucho y finalmente yo terminé aceptando la invitación en

una empresa publicística de la que ya él era corresponsal en nombre de la Isla. Permanecí un buen tiempo colaborando con aquel pequeño grupo de personas entusiastas. En 2003 viajó a Cuba el señor José E. Kameniecki —director de la revista— y estuvimos juntos los tres en una comparecencia en la casa social de la Uneac matancera. Meses más tarde, partió Raúl hacia Buenos Aires en compañía de José Ramón Chávez, artista de la ciudad, como parte de un intercambio cultural que había propuesto *Francachela*. Regresó feliz y con renovados bríos intelectuales.

Después llegaría *Arique*, proyecto de publicación originalísimo que se había convertido en su sueño dorado. El título apareció por iniciativa

de Ángel Antonio Moreno, pero toda la concepción se desarrolló primero en la mente de Raúl. Quería fundar y dirigir una revista de poesía abierta al mundo, con versos que fluyeran desde todas partes, sin limitaciones ideológicas, con la colaboración de escritores éditos e inéditos, publicándoles a todos, desde el autor multirreconocido hasta el infeliz que nunca se vio impreso. Alas reclamaba para su cuaderno; que transitara lo mismo por el polo o la luna que por cualquier fajo de tierra árida en el desierto. “La poesía carece de geografía —me dijo cierta vez—, lo único que tiene es lengua y corazón”.

El número inicial de *Arique* salió en julio del 2000; en la portada, una pluma de Francisco Cobo, clásico pintor del paisaje matancero. Adjunta a la fecha, una divisa identitaria: “Desde la Atenas de Cuba”. Ya en el segundo se especificaba: “Publicación artesanal de muy limitada tirada, solo para el intercambio con poetas amigos”. Yo lo ayudé cuanto pude, alentándolo, asesorándolo sobre vida y obra de poetas cubanos y extranjeros. En mi biblioteca personal se alimentaba. Eran los durísimos años del llamado “período especial” y hasta conseguir un poco de papel se hacía difícil. Él nunca se amilanó ante las reiteradas carencias que entorpecían nuestros planes. Siempre mantuvo las esperanzas frente a lo más oscuro.

Arique crecía de cualquier manera, circulaba, a veces con tiradas limitadísimas y una extensión de 16 páginas. Todo el material se tecleaba

en una viejísima máquina de escribir, una antigua Underwood de 1958. Los primeros números tuvieron una tirada que apenas sobrepasaba el centenar de ejemplares; pero ya en el 2003 lindaba con los 250. Fredo Arias de la Canal lo apoyó desde México y, además, le publicó en 1999 el cuaderno *De la desesperanza y otros poemas*, una manera generosa de legitimar la voz del cubano en el concierto lírico de Hispanoamérica. Las ayudas resultaron de gran importancia y posibilitaron que desde 2002 la revista contara con una página web en internet.

En el 2004, Raúl se marchó de Cuba. Iba tras Jobá Fong, una mujer que amaba hacía rato y a quien había conocido por correspondencia electrónica. Fue un amor de aluvión. Primeramente se fueron a Chile, la patria de ella; después a Washington. Más tarde a Miami. En estas ciudades continuó publicando *Arique*, promocionando la interminable poesía del mundo... Creo que esa fue su mejor y más grande obra cultural. *Arique* era eso: arique, un pedazo de yagua para amarrar cualquier cosa. La revista, durante años, amarró muchos corazones poéticos, porque su director nunca perdió la acendrada costumbre de trabajar más para los otros que para él mismo.

A poco de hallarse en Estados Unidos me comunicó que laboraba en una tienda empaquetando los encargos solicitados por clientes. “Eso hago por el día —me confiaba—, mas por la noche me ocupo de otros encargos: los versos de mis amigos”.

De modo que no renunció jamás al encuentro ocasional con Rilke, Lord Byron o García Lorca. Los convocaba a todos desde su revista artesanal — que de pronto se convirtió en publicación electrónica— como si se tratase de un convite solidario, una empresa intelectual infinita, sin techo y donde cabían todos, al conjuro de nuevas estrofas en elogio del hombre, de los sueños humanos, de la vida.

Volvería a irsenos el 18 de diciembre del 2017. Esta vez pudo parecer que se marchaba para siempre. Pero no, no era posible. Ni el poema ni él podrían morirsenos así, en un mundo donde los que pueden piensan más en las armas que en la flor y el beso. Para festejar eternamente el crecimiento de la vida nos queda *Arique*: para amarrar los buenos recuerdos y

lograr que flote la ternura. En ese reto, que siempre defenderemos, está la memoria de Raúl Tápanes, mostrándonos que la terquedad poética basta para que florezca la fantasía del mundo.

En su cuaderno *De la desesperanza y otros poemas*, aparecen estos versos suyos, que ahora escribo aquí, como un tierno y sencillo homenaje:

*Ha llovido de nuevo
Y otra vez se ha roto el cristal
Y la superficie lacia del silencio*

*Y ha amanecido de nuevo
Sobre la ciudad dormida
Al vacío alucinante de tu ausencia.●*

Matanzas, Atenas de Cuba, 17 de
junio de 2019.





Atar los sueños con ariques

Por: AMIR VALLE

Conocer a Raúl Tápanes fue algo para mí realmente curioso. En Cuba, poco antes de que me desenterraran, un escritor matancero me contactó y me habló de una revista: *Arique*, y me lanzó por el teléfono una pregunta que en ese momento me resultó insólita: ¿No escribes poesía? Mi respuesta, que se la repetí años después a Tápanes en una entrevista que me hizo, ya ambos en el exilio, para dicha revista, fue algo así como que yo respetaba tanto la poesía, pues lo consideraba el género literario mayor, que no me perdonaría jamás mancillarla publicando nada escrito por mí. No recuerdo el nombre de quien me contactó, pero me mencionó a Tápanes y a un escritor de apellido Merlín. No los conocía, pero sus nombres se los había escuchado al poeta y editor de Vigía, Alfredo Zaldívar, y reconozco que la insistencia algo irrespetuosa de aquella persona asegurando que yo seguramente escribía poesía e intentaba ocultárselo me desconcertó tanto que debí portar-

me algo pesado, porque cuando me contactó para el número 21 de 2008 de *Arique*, Tápanes comenzó pidiéndome disculpas y dándome explicaciones, como si temiera algún rechazo. Pero, ¿cómo rechazar a un hombre tan cortés, tan decente?

Luego de esa entrevista seguimos en comunicación. En aquellos primeros momentos residía en Chile, pero poco después me hizo saber que andaba en trámites para irse a Estados Unidos, a Miami, y obviamente sobre el cuello de nuestras charlas saltó el fantasma del mito que se cierne siempre sobre esa ciudad: un desierto cultural, el sitio donde grupos de intelectuales cubanos le piden la cabeza a otros grupos de intelectuales cubanos..., y uno de sus comentarios me ayudó a conocerlo un poco más: “yo digo que el lugar donde uno vive es como uno lo hace, así que voy dispuesto a comerme literalmente a Miami, y si en Matanzas, sin condiciones, hicimos cosas, allí sé que puedo

hacer más, o al menos voy a intentarlo, aunque sea a mordidas, y solo”.

Mirar su vida basta para saber el valor que tiene esa frase suya, que he copiado de uno de los mails que cruzamos. No le interesaba pertenecer a ninguna capilla literaria, no andaba dándose aires de consagrado de la poesía (como sí hacían y hacen muchos que lo rodeaban) y en varias ocasiones me repitió algo que parecía hablarme a gritos de su humildad: “lo que me importa es sentirme bien con lo que escribo, con lo que hago, lejos de autodenominados cabezones, grupitos y chanchullos”. Ya viviendo en “el Norte revuelto y brutal” me confesó su desilusión porque los “colegas del gremio” (así los llamaba en sus emails) no habían sabido desprenderse de las fobias, las desconfianzas y el espíritu enfermizo de competencia desleal que en la isla nos había inyectado el castrismo, pero me aseguró que eso no lo detendría y anunció que tenía en mente varios proyectos editoriales, promocionales...

Señalo eso con todo propósito: si algo creo haber descubierto en la personalidad de Raúl Tápanes es su respeto por la libertad: la propia, la ajena y esa otra más vinculada a la historia y, por ello, más reconocida como tal. La obsesión con la que se volcó en la revista *Arique* era una muestra de su lucha porque no le asfixiaran su libertad intelectual. Pese a ser un excelente (y muy singular) poeta, su negativa a doblar la cerviz, como muchos de sus colegas de generación y de ciudad, para ser más publicado en Cuba es algo digno de elogio. La inclusividad que caracterizó todos los proyectos culturales y de reconstrucción

histórica que emprendió en vida fue un ejemplo de su integridad respetando las libertades ajenas. Y su salida de la isla, como sucede con muchos cubanos aún cuando se nieguen a reconocerlo, resultó el puntazo de sus aspiraciones libertarias. En este último aspecto, el de su responsabilidad como intelectual ante el desastre cubano (“como vaticinó Miguel Ángel Quevedo, el director de *Bohemia* en la carta que escribié antes de suicidarse, *todos somos culpables* del estado de cosas en Cuba, querido Amir”, me escribió en otro email), su sacerdocio creativo e investigativo puede constatar-se en uno de los espacios más interesantes en internet sobre aspectos desconocidos de la historia patria: el blog Habana-Luanda, donde publicó testimonios de cubanos que participaron en esa locura gubernamental que fue la guerra en Angola y, por extensión, en África.

Fue, en simples palabras, un poeta exquisito, un trabajador incansable, un soñador empedernido, y un ser humano excepcional y de una modestia, en mi opinión, excesiva que sepultó ante los ojos de muchos su enorme talento. Yo, que ya he tenido que ir acostumbrándome a que el cáncer me arrebatase a varios de mis mejores amigos y mis más respetados colegas, prefiero recordarlo con las palabras que repitió en varios de sus mensajes: “acá en Miami me tienes, maestro, luchando por atarme los sueños aunque sea con ariques... Nos debemos una larga conversada”, así, afable, cercano, respetuoso y campechano, haciéndome sentir importante y, más que nada, querido. ●

Julio y 2019



Por esas rutas

Por: Lorenzo Suárez Crespo

Siempre que se apaga una luz nos vienen a la mente los momentos estelares en que fue lumbre humana y universal.

Así concibo las palabras, la obra y la vida de un amigo que más que su vocación de escritor, promulgó en su tiempo el oficio de difundir la poesía y en ella la de congregar a los poetas, como bien dijera Miguel de la Puebla en uno de sus elogios a Raúl Tápanes.

Durante 15 años trabajé en Cárdenas en labores del magisterio cuyos últimos 5 años estuvieron dedicados a la tarea de Asesor Provincial de Literatura de la provincia de Matanzas.

La Atenas de Cuba, caracterizada por su desarrollo artístico literario y su riqueza sociocultural, ha sido cuna de una pléyade de poetas que, des-

de la generación de Plácido y Milanés hasta los más contemporáneos, con Bonifacio Byrne y Carilda Oliver Labra, se ha convertido de obligada referencia en el arte de la palabra.

Conocí a Raúl en estas citas en las que, a través de los talleres literarios, los eventos culturales, festividades, seminarios y otros espacios de apreciación y creación artístico-literaria, coincidíamos.

La impronta de tener como asesora literaria en el Movimiento de Artistas Aficionados de Matanzas a la poeta patriota Carilda Oliver Labra nos identificó aún más, pues la brújula de esta insigne mujer era el más poderoso imán de los creadores. Así nos encontrábamos en variados encuentros y sobre todo en los Verso a

Verso que precisamente patrocinaba Carilda y donde además de un poeta matancero se invitaba a otro poeta desde otras provincias cubanas.

Conocí de las peripecias como promotor cultural para crear la revista *Arique* y del magro apoyo de las instituciones al respecto hasta que, estando ya en Pinar del Río, supe que había logrado su edición regular gracias al Frente de Afirmación Hispanista de México en la persona del señor Fredo Arias de la Canal, esfuerzo en el que estuvo acompañado por otro amigo y poeta, Ángel Antonio Moreno.

La mayor alegría en los avatares de *Arique* fue cuando recibí el número especial de homenaje al FAH con la publicación lírica de una docena de poetas.

La distancia entre Matanzas y Pinar del Río, primero, y posteriormente desde otros países como Chile y Estados Unidos, se acertó con los auspicios precisamente del Frente de Afirmación Hispanista de México que, al invitarnos a sus eventos, propiciaba el encuentro.

Unidos en tan fraterna amistad y con propósitos muy comunes en la

creación, la divulgación y la promoción, Raúl me propone publicar, en coauspicio con el FAH una antología de los poetas pinareños y este esfuerzo ve la luz en el año 2015 con una selección poética donde aparecían 195 poetas, tanto de la oralidad como de la décima escrita, la mayoría inéditos.

Reflexivo, diáfano y muy radical en sus ideas, así conocí a Raúl Tápanes. Tuve la dicha además de que visitara la Casa de la Décima Celestino García y que en inolvidable ocasión degustara de una taza de café y un ameno diálogo con Irma y conmigo en Vandama 68 en Pinar del Río, donde ahora se proyecta la Casa Cultural Amauta, templo artístico literario de mi familia y que, fatalmente, Raúl no pudo disfrutar por su temprano deceso.

Sea este breve recuerdo un homenaje sincero al poeta, al amigo y al excelente ser humano que más que blandir la pluma y el verso, elevó en sus ecos la voz y la creación de poetas de varias generaciones.

Si Matanzas le debe sus pasos y su aliento creativo, todos nosotros le debemos el aura espiritual de su personalidad. ●



Arique:

*m. Cuba. Tira de yagua
que se emplea para atar*

Por: FÉLIX LUIS VIERA



Se ha cumplido año y medio de la partida a destiempo del poeta cubano Raúl Tápanes, editor y fundador, en el 2000, de *Arique*, revista de arte y literatura a la cual destinara su talento y abnegación.

Mi correspondencia electrónica con el poeta fue abundante; solo que a causa de mis torpezas digitales no he podido conservarla íntegramente. Él era uno de esos seres que no abundan, lamentablemente, en los cuales hayan cupo la integridad, el talento y esa humildad tanto en su descollante obra como en sus acciones más nobles. Tápanes, a no dudarlo, pertenecía a ese grupo que marcha a la brega más adversa, al combate más difícil, con esa arma imbatible que no todos poseemos: la Bondad. En su antológico “Confesiones”, el poeta anuncia: “mordiéndome el sol que debe estar esperándome cuando muera, porque también cuesta la vida querer ser uno”.

Ah..., cuesta la vida querer ser uno... Si consideramos las líneas que he escrito antes, creo que las mismas avisan sobre esa máxima... cuesta la vida querer ser uno.

En el poema XXV de *Reiteraciones o peregrinos al borde de la tierra*, hallamos igual planteo existencial y sí, no obstante ciertas piezas que tienden a la crónica, el grueso de su quehacer lírico, era eso, existencial: “seré bueno una vez muerto ahora sólo soy yo y araña y grito”.

En 2008, recibí este mensaje:

Raúl Tápanes López <raultapanes@gmail.com>

Para:flviera222@yahoo.com.mx
21 de septiembre de 2008 a las 9:51

Me hiciste llorar con el poema a tu hija, carajo. En los barrios de los guapos en Cuba tú sabes que no se llora, pero ante esta impotencia hasta la madre de los tomates

llora. Debe ser la senectud, la lejanía y este interminable tiempo de desgracia. Ah, hermano, este interminable tiempo de desgracia, ah... Y en el mismo envío me avisa sobre su apoyo para uno de mis libritos de poemas: Mandé al diablo el blog que no se veía en el Explorer y ahora está el comentario de Jiménez a *La que se fue* en esta dirección: <http://raultapanes.wordpress.com>

<http://www.lankelot.eu/index.php/2008/09/11/vierafelixluis-poesie/>

Abrazos

Raúl

Es decir, la batalla por *Arique*, por la vida; esa nostalgia que día a día nos impele a tragarse sangre, gota a gota.

El 19 de agosto de 2014, día de mi cumpleaños, me hace llegar sus buenos deseos, y de inmediato me remite a una de sus razones de ser:

Raúl Tápanes <raultapanes@gmail.com>

Para:flviera222@yahoo.com.mx
19 de agosto de 2014 a las 11:08

Amigo:

Por las redes sociales —que sin

embargo no uso— me he enterado de tu cumpleaños. Recibe entonces mis mejores deseos no sólo para este día, sino también para todos los días que están por venir. Estoy preparando un próximo número de *Arique* dedicado a la décima cubana en el exilio. Me gustaría, si tienes algo tuyo en ese formato, poder agregarlo, hace tiempo no apareces en *Arique*. Y cualquier otra colaboración o sugerencia que tengas sobre el tema será, como siempre, bienvenida. Salud y suerte,

Raúl Tápanes Arique, Washington DC

Hoy, nos llega la agradable noticia de que *Arique* reaparecerá muy pronto; o sea, se retoma la estela, la herencia generosa que dejara Raúl, quien el 18 de diciembre de 2017 se sumara al sagrario donde habitan los buenos poetas, los buenos cubanos que han muerto sin patria, pero sin amo. ●

Miami, 11 de junio de 2019.



Raúl Tápanes

y el sacerdocio ingrato
de la literatura

Por: WILLIAM NAVARRETE

Miami ha sido y sigue siendo, desde hace décadas, el lugar donde terminan muchos cubanos, después de errar por el mundo. A Miami van a dar incluso quienes dicen aborrecer esta ciudad de múltiples caras y efímeras empresas. He perdido la cuenta de a cuantos he oído decir que no vivirían en Miami ni muerto(a)s y hoy viven y trabajan, por las razones que sean, allí.

Decidí empezar este homenaje al escritor y amigo Raúl Tápanes López (Matanzas, 1953 – Miami, 2017) evocando este aspecto porque desde la primera vez que crucé cartas con él, cuando todavía vivía en la ciudad chilena de Valparaíso, fue de los pocos que me dijo: “¡Qué ganas tengo de irme a vivir a Miami!”.

A Raúl Tápanes lo conocí gracias a una revista de poesía y literatura que dirige y cuyo nombre, *Arique*, evoca la pertenencia a Cuba, tierra que se lleva

consigo por el mundo. *Arique* es una voz indígena que designa algo tan cubano como la palma real, porque el arique es, según Esteban Pichardo, una “tira de yagua que se utiliza para amarrar algo” o para fabricar esteras, canastos y disímiles objetos de uso doméstico. En cubano “soltar el arique” es una expresión que se dirige a quien se haya muy apegado a sus costumbres campesinas y le cuesta asimilar otro modo de vida foráneo, ya sea ciudadano o internacional.

La revista *Arique*, fundada originalmente en Matanzas en el año 2000 por los escritores Ángel Antonio Moreno (precursor de la idea), Iván Suárez Merlín y el propio Raúl Tápanes, ha publicado desde entonces más de 60 números. Ha sido un trabajo paciente y, en ocasiones, algo ingrato, porque, aunque deberían serlo, por lo muy mal que van las cosas, no son tiempos de poesía y el universo de los versos se reduce, como

piel de onagro, al pequeño mundo de los iniciados.

En el 2010, Raúl Tápanes había cumplido su viejo sueño de llegar a Estados Unidos. En Washington primero, durante los tres últimos años en Miami, su dedicación por la cultura no mermó. Hacia el 2005 me escribió anunciándome que buscaba los medios para organizar un concierto de homenaje a la música de Ernesto Lecuona, algo que pudo realizar poco después gracias al apoyo del Centro Cultural Español de Miami. En su haber, tres poemarios publicados, numerosas publicaciones en revistas literarias y una novela inédita, sobre la guerra de Angola, que espera encontrar editor para su publicación. Algunos de sus poemas fueron publicados recientemente por la revista literaria *Conexos*, después de su fallecimiento.

Pocos conocen que Tápanes es el autor del blog *Habana Luanda*, que recoge decenas de testimonios de cubanos que participaron en la guerra de Angola, una presencia que cubrió el periodo 1975-1990 que el autor documenta exhaustivamente, pues él mismo participó en dicha guerra, con apenas 23 años de edad, de 1975 a 1977, y volvió de visita a ese país en el 2005. Es un blog al que recurren —sin citarlo a veces— muchos de los que escriben libros sobre la historia de la incursión cubana en la antigua colonia portuguesa. En esas páginas podemos encontrar también la larga lista de quienes allí quedaron, muertos en combate o en otras circunstancias muchas veces por esclarecer.

El 18 de diciembre de 2017, Tápanes perdió la batalla contra el cáncer. Yo ha-

bía estado en Miami un mes antes y, al manifestar mi intención de verlo, un amigo común me anunció que su estado de salud no le permitía recibir visitas. No insistí. Confieso que, aunque sobre aviso, la noticia de su pérdida, poco después, me dejó consternado. Inmediatamente dos ideas atravesaron como un flechazo mi pensamiento: “nunca lo conocí personalmente”, “no es justo que alguien tan generoso y cabal fallezca con tanta vida y obra por delante”.

Y quienes lo frecuentaron estarán de acuerdo conmigo en decir que Raúl Tápanes era una persona excepcional, un excelente poeta, un ser amable, claro, de gran modestia. Eso que en buen cubano resumimos por muy buena gente, alguien que merecía concluir su obra; seguir difundiendo, como muy bien hacía, la literatura y el arte; y, sobre todo, darnos la oportunidad de conocernos mejor y de devolverle las atenciones que prodigaba.

A tres meses de su fallecimiento no quise dejar pasar por alto el paso de este cubano noble por nuestras vidas. A este poeta que siempre sospeché que no era parte de los “elegidos”, de los cenáculos de famas. El hombre que una vez soñó con morir a la sombra de un árbol frondoso, como dijo, entre una suave ladera y un río, pero se conformaba ya, después de mucho errar, con que sucediera en un “rincón tranquilo porque la luz del paisaje y su poesía” siempre estarían con él. ●

(Publicado originalmente en el *Nuevo Herald*, Miami, 29 de marzo de 2018)

Adiós a Raúl Tápanes

Por: Francisco Henríquez

En Matanzas, la loma del poeta,
tras irse cuesta abajo dios solar,
un aura de emergente luz lunar
inventaba la aurora una silueta.

Agustín le prestaba su carreta
donde las cañas del cañamelar
se llevaba al trapiche: Bellamar,
he hizo de guarapo azúcar prieta.

Una flota de puentes en El Abra
esparce en la bahía su palabra...
liberando la jaula del tabique.

Allá en Chile se posa su imponte...
más tarde de Miami mira el monte
y lo aturde su selva con su Arique.

(Miami, diciembre 2017)

Por: Jerónimo Castillo

Donde la nave de Raúl recalca,
allí te encuentra y siempre te emociona,
salida de tu Chile, en Barcelona
bebiendo del amor que él te regala.

Sabes que su partida es una escala
de la que escuchas música que entona
el ser que siempre vive en tu persona,
y baja a homenajearte con su gala.

Nunca se irá, si así es que lo deseas,
quien a tu paso sigue acompañando
fundido el corazón en tus ideas.

Es la razón por la que vas llamando
a lanzar el Arique que recreas,
junto al Iván, de copiloto al mando.

(San Luis, 21-06-2019)

Jobá, Raúl e Iván

A photograph of a person from behind, wearing a vibrant shawl with vertical stripes in white, pink, and yellow. They are carrying a large, textured bag with a pattern of stylized eyes and faces. The background shows a city street with buildings and other people.

A Tápanes López

Por: Jerónimo Castillo

Llega tu *Arique*, Raúl,
como un preciado tesoro
donde el esfuerzo valoro
del poético baúl,
tras un magnífico tul
lo hermoso de su palabra,
nos da doña Oliver Labra,
y en décima matancera
Francisco Henríquez espera
que el cielo a su paso se abra.

Le sigue con armonía
que su finura delata,
la bailarina mulata
de don Fernández García,
y luego con alegría
y con sabor milenario,
del Japón extraordinario
Hernández Millián con sus
—sin título, reza— haikús,
nos da su devocionario.

Los amigos mencionados
ya estuvieron de visita
con escritos, con la cita
y libros antologados,
todo Cuba y sus estados
de poética salud
nos han llegado hasta el sud
y es Matanzas en su lucha
la voz que de aquí se escucha
por tu valiosa inquietud.



Por: Yasmín Sierra Montes

La vida con sus cerrojos
cercena lo que germina
y en su perenne rutina
destruye nuestros arrojos.
No florecerán despojos
al que aprisiona atributos,
a quien devasta los lutos
y persiste estremecido:
no resistirá el olvido,
siempre acopiará los frutos.

Réquiem por Raúl Tápanes



Peces que comen...

Por: Ileana Álvarez

A Raúl Tápanés, amigo,
que también alucinó la esperanza bajo el sol negro.

PECES QUE COMEN DE MI VIENTRE,
halcones y corceles que brotan de la espuma,
desciendan hasta el cuenco de cristal
que son mis pensamientos.
Elévenme.

Alucino la esperanza
con la terquedad de un lobo por su presa,
la busco en los sudores hurtados al desdén,
bajo las ruinas de las ciudades que no verán mi eclipse,
que tornarán a alzarse sobre los dominios que Nadie soñó,
y sobre el plástico
y el cinc
y la sal
y el ímpetu
de los visionarios.

Amaso la esperanza sobre la mesa pobre,
en los agujeros olvidados por Dios,
y bajo las sienas claveteadas
por el sol negro de la melancolía.
La voy amamantando
con leche de reminiscencias,
con la serenidad esparcida
entre las ramas de la ceiba
que está muriendo, allá, en el patio
donde me coronó el asombro.

(¡Una barca, un estandarte blanco sobre la mar
para posar estas alucinaciones!)

Desde el torreón que en mil fragmenta esta isla,
bajo escudos resquebrajados
por los rojos violentos del ocaso,
un extraño paisaje sostengo sobre mis hombros.
Atada de pies y manos a su fatiga,
lo voy conquistando desde la raíz.
Cabeza abajo.

Raúl Tápanes López,

aproximación al actuar del poeta

Por: JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ ORTEGA

Hoy hago un nuevo acercamiento a Raúl Tápanes López. Y como cada vez que lo emprendo, me intercepta la sorpresa. Creo que algunos —o seguramente muchos— de los que vivimos en esta, la época de Raúl, no le entendemos bien. Al menos, no en toda su magnitud. Raúl es un poeta. Un poeta, cualquier diccionario dice que es quien es capaz de expresar sensaciones, sentimientos, emociones. Pero, un poeta, es más. El poeta capta las vibraciones del alma colectiva. El poeta, dice Raúl: “escucha las voces ancestrales de su inconsciente y del inconsciente colectivo, que le atormentan y obligan a expresarse” (en “Los poetas siempre vuelven. Entrevista al poeta Raúl Tápanes”, por Francis Sánchez, revista *Árbol Invertido*, 4/10/2017). Y, para expresarse, el poeta juega con las palabras de manera que las renueva. El poeta construye, con las palabras acostumbradas, imágenes desacostumbradas. Las imágenes que precisa para expresar el estado del alma. El poeta vive en una realidad que le es, que siempre le es, poéticamente asequible, accesible. El poeta es capaz de alcanzar la real-

idad común, la comprende, entra en comunicación con ella. Es la misma realidad que los otros vivimos, pero el poeta la concibe de otra manera. El pensamiento del poeta es una forma distinta de pensar.

En el caso de Raúl, su pensamiento es aglutinador. Por eso el unir está presente en toda su acción: en su poesía, en sus ensayos, en su trabajo como compilador, en su revista *Arique*, en su organización de exposiciones pictóricas. Estoy convencido de que Raúl lo sabe, que no es casualidad, sino causalidad.

Raúl concibe y organiza dos exposiciones pictóricas: “De La Habana a Buenos Aires: cuatro pintores, una visión cósmica (2003)” y “Proyecto itinerante de pintores cubanos y chilenos (2007-2008)”. En ambas se incluyen pintores de distintos países —tanto de origen, como de residencia—. Raúl encuentra y prioriza lo que une a estos artistas. Y los expone en galerías de La Habana, Buenos Aires, Miami y Santiago de Chile, con lo que enlaza, por la vía del arte, a estas urbes, de otra manera tan distantes.

Como compilador, también juntar es característica distintiva: con el

Frente de Afirmación Hispanista participa en la selección de los poemas de la *Antología de la Poesía Cósmica de Matanzas* (2003). En 2005 crea, en *Arique*, la que califica como “una antología diferente”: “Poesía cubana actual: mitos, viajes y emplazamientos medievales”. En ambas colecciones incluye a poetas, sin hacer exclusión por el lugar de residencia. Esa inclusión amplia, ya es suficiente para la calificación de “diferente” con la que se presenta esta segunda antología. Y digo que Raúl sabe que lo hace. Escribe en el poema “XIX (palabra final)”:

*perdonadme
por la censura que nunca ejercí
(Libro Reiteraciones o peregrino al
borde de la tierra)*

No pone el poeta reparo por el lugar de residencia de los artistas de que habla, o a los que reúne en una colección, o a aquellos cuyas pinturas coadyuva a difundir. Para Raúl no hay tachas en el artista por el lugar donde vive. El arte es el criterio de unión. Un criterio con abanico ancho, que da cabida en un solo lugar a las más diversas, y divergentes, opciones.

El título del libro citado antes, es otra muestra del pensamiento integrador del poeta. Alude explícitamente a “El escéptico o peregrino al borde de la Tierra”. Ese es un notable grabado alemán del siglo XVI. Es decir, que el título de un libro de poesía del siglo XXI es tomado de una obra de arte gráfico, de varios siglos

atrás. Además, conceptualmente hay también una unidad: lo que experimenta el sujeto del grabado es equivalente a lo que vive el lector del libro de poemas: es como exponer la cabeza a múltiples apocalípticas manifestaciones cósmicas.

La poesía de Raúl comprende variados temas, que el poeta va mezclando, trenzando. En “Cuasi-poema” manifiesta:

*Este es un casi-poema de mil cosas
juntas como lluvia, soledad, viento
y verso. Un lento cursar del tiempo,
voces e insectos; luz, espinas, ro-
sas.*

(Libro *Caos y amor desesperado*)

En esa unión de cosas disímiles y habituales brota su poesía. En la fusión de lo cotidiano, lo vasto y lo distante, está la esencia de su idea poética. Es el propio Raúl, refiriéndose a Orlando González Esteva, quien escribe estas palabras que tan bien lo retratan a él mismo: “Es arte de verdadero poeta descubrirnos la poesía en las cosas comunes, lejos de falsos espejos y corrientes de moda. Y es una lección de humildad —y poesía—” (en *Otro Lunes. Revista Hispanoamericana de Cultura* (Abril, 2009. Año tres, número siete).

El ensayo, la reflexión crítica, la reseña sagaz, es también una faceta de primer orden en Raúl —Valga una digresión mínima: no hay en el accionar de Raúl algo que no sea de primer orden. Todo lo asume el poeta con pasión, y con entrega. Así no queda espacio

para lo secundario—. Por supuesto, el común rasgo de su obra reflexiva es la vocación de agrupar. Basta con mencionar, para demostrarlo, algunos temas, o títulos. El antes citado texto acerca del poeta cubano González Esteva: “Lejos de falsos espejos y corrientes de moda”, para la sección “Unos Escriben”, de *Otro Lunes: Revista Hispanoamericana de Cultura*. El análisis, y la creativa adopción de los postulados de Fredo Arias de la Canal, acerca del protolenguaje poético, en “Protoidioma, poesía y muerte en *Arique* (2003-2010)”. Las reseñas y presentaciones de pintores, tanto para las exposiciones que organizó, como para numerosas notas en su revista. Y “Somos la generación que queremos”, presentación del número 60 de *Arique*. En todos los casos el poeta muestra dominio del tema que aborda, una profunda, amplia y sólida base cognitiva y cultural, un manejo del idioma donde destacan la coherencia, la precisión, la objetividad, y un tono sobrio, detrás del cual se puede intuir la pasión que impulsa su creación. Por cierto, el lenguaje de Raúl en sus escritos expositivos y en su lírica, salvando las distancias inherentes a cada tipo de texto, es básicamente el mismo. Otra muestra de su vocación integradora.

Demos un vistazo a la revista *Arique*. A mi juicio *Arique* es única en su intención, y en su desarrollo. Esta conjunción la convierte en un referente cada vez más imprescindible para la cultura cubana. Raúl no idea este nombre, *Arique*, como se lee

en cada número de la revista, pero sin duda lo abraza y lo mantiene incansablemente. Tampoco es el único creador de la revista. Pero sí está desde su fundación en la publicación.

Arique es aquella “tira de yagua para amarrar”, según la definición de Esteban Pichardo que la revista cita en cada número. Desde su inicio la revista tiene la intención explícita de aunar: “pretende enlazar las expresiones artísticas de los amigos de la poesía, sin distinción de credos, razas, o ideologías”, enuncia el suelto que acompaña los números iniciales. En ocasión de los diez años de la revista, publican una nota que concluye: “Eso, más que todo, pretendemos ser: vehículo de vínculo y unión para atar lo disperso”.

Durante sesenta números y dieciocho años, Raúl es fiel a los ideales de *Arique*. En su mayoría publica autores de origen cubano, pero hay también artistas de otras latitudes. La revista da a conocer artistas, descubre la faceta artística de personalidades conocidas por otras razones, y acoge a algunos creadores ya bien reconocidos. Muchos son contemporáneos, pero no olvida autores de épocas pasadas. Predominan los poetas. Une, a los bardos, también los escritores de prosa reflexiva: ensayos, reseñas, comentarios, valoraciones. Hay textos sobre poetas, la poesía, artes plásticas y filosofía del arte. Y une, a los escritores, la divulgación de la obra de artistas plásticos. En todos los casos sigue el mismo criterio: la validez artística de lo publicado.

Toda la acción que emerge del pensamiento de Raúl es de difusión cultural, artística, como un todo, sin que medien fronteras. ¿Acaso el verdadero arte tiene frontera? De ahí que la intención vital de Raúl es, a la vez, local y universal. No hay límite geográfico válido para el arte. De ahí el empeño en acercar.

Hay que decir que los cubanos de hoy vivimos inmersos en la separación. No descubro nada con esta frase. Estamos dispersos, aislados. A veces encapsulados. Vivimos una exacerbación de la dispersión, que se manifiesta en una antagónica polarización. Un orgullo del grupo en el que estoy, que implica desconocer al que está del otro lado. Y todos nos sentimos cubanos. No es algo nuevo en nuestra historia, y tenemos el ejemplo del Apóstol y de su gesta integradora. Pero aquella es una época ya pasada.

Hoy resulta extraordinaria la voluntad aglutinadora de Raúl. No parece algo de esta época. Tal vez, como él mismo dice, no lo es:

*nací al margen,
no es este mi tiempo.*

(“IV”, libro *De las altas ciudades y sus estaciones*)

Yo estoy de acuerdo. Creo que su tiempo no es un tiempo ya pasado. Su tiempo es el tiempo del futuro. Yo escribo sobre él en hoy. Porque en presente es como único puede hablarse de un poeta. El poeta es hoy, que para un poeta es siempre. Es eterno.

Raúl mira el nuevo número de *Arique* y sonríe. La esperanza siempre sabe sonreír. ●





Más allá del caos,

la palabra

Por: KARYON KUMA

En el año 2004 recibí el correo de un escritor cubano de nombre Raúl Tápanes López, quien desde Valparaíso invitaba a colaborar con su revista literaria; traía como referencia de enlace el nombre de un amigo común, el investigador y poeta Emilio Caraballo, profesor y humanista que ha promovido la cultura cubana, española y mexicana en aulas y plazas, siempre con los brazos abiertos y el alma puesta al fuego para descubrir talentos ocultos y obsesivos anónimos. Éramos en conjunto unos de los afortunados escritores que, en un momento en que Cuba se retorció en pleno Período Especial, vimos publicadas nuestras obras por la generosa acción del Frente de Afirmación Hispanista de México y su excepcional impulsor, Fredo Arias de la Canal. Con gusto acepté la convocatoria y así nació una amistad que nutrió largos años de exilio, colaboraciones y proyectos.

Cualquier recuerdo que avive, palidecerá a la hora de describir la obra editorial desarrollada por un hombre que, apenas sin recursos, primero desde Cuba, y luego desde la diáspora, en Chile y posteriormente en Estados Unidos, se echó sobre los hombros la compleja misión de dirigir y editar una revista literaria que aunara escritores de habla hispana en general y sobre todo cubanos regados por el mundo o aquellos propiamente de Matanzas, su provincia natal. La revista *Arique* fue el espacio donde el poeta, narrador y ensayista encontró su virtual tierra prometida, cuya consumación le ayudaba a transitar por pasto cálido; con *Arique* se sentía más cerca de la isla, desde ella caminaba por su inigualable Atenas de Cuba.

Pasado un largo período en Chile, Tápanes se instala en Estados Unidos, y al poco tiempo dirá adiós a la región del norte para comenzar una nueva

vida en Miami donde esperaba el sol y la voz cubana que se había desenfocado del oído de todos; con él estaba su compañera Jobá, optimista, espontánea, con la intensidad de esos que conservan rareza juvenil aún en la madurez, algo tal vez propio de las almas tranquilas. Alquilaron su apartamento en el pintoresco boulevard de Fontainebleau, en el North West de la ciudad. Allí nos encontramos. Era de noche, acá a los amigos sólo nos quedan las migajas de la noche para alguna atropellada plástica—que ya es bastante—. Aunque era verano, nos estrechó un saludo de manos tullidas; aún traíamos las frialdades de otros soles, yo de Barcelona, ellos de Washington D.C. Al fin se acortaban las distancias, ésas que quiebran los puentes vitales que tanto restauran los cubanos, al fin —me dije—, puedo saludar al orfebre de *Arique*; allí, el poeta que un día me habló de sus antepasados gallegos, vibraba, y el Lugo español centelleaba en su tez casi transparente.

Con la desorientación maldita de los recién llegados, hablamos de ediciones de libros, de la pizza rápida que engullimos, hablamos del carné de conducir, de que en esta nueva ciudad si no manejas no tienes pies y hay que agarrar el timón sí o sí; hablamos de sillas, camas y platos, hablamos de Cuba, de *Arique* y de su blog contestatario. Por supuesto, elucubramos y anunciamos planes, ¡muchos!, incontables planes; una resurrección, un mirar hacia adelante, sin sillas y sin platos, pero con los borradores llenos, con la voz crecida; las manos, las manos, las manos. Teclearían sin cansarse las manos porque había mucho que describir, re-

cordar, poetizar, había que restañar el tiempo que nunca alcanza.

Media docena de cuentos y no pocos testimonios y poemas conservo de Tápanes:

Gritan mis huesos predestinados al caos

comen de mí los cangrejos al regreso del río

me quedo sin sombra y sin dios

entre los restos de la mañana

aislado hasta la unidad floto

en tantos lugares

que acorralado en el límite del eco converso con los poetas

humildemente

y a veces, sólo a veces tiemblo

ante el ojo ciego de la tormenta

donde alguien robó mi palabra

donde alguien archivó mi nombre.

(Libro *De la desesperanza y otros poemas*)

Una oración basta para conocer a un individuo, un poema es suficiente para fijar la huella de un hombre, su representación del universo, su interpretación del todo, el intento como sobreviviente de la barbarie, espectador-protagonista en primera fila del malabarismo existencial cuyos versos cincelados con vigorosa economía estremecen, de esto me di cuenta pronto, de su estilo condensado, una poesía de iceberg: “*Confieso que he soñado*” (“*Mea Culpa*”)

Tal vez su poemario *Reiteraciones o Peregrino al borde de la Tierra*, dedicado a su hija, cuyo título se inspira en una ilustración del siglo XVI como refuerzo al tono escéptico, no ha sido muy divulgado y verdaderamente merece la lectura: “*contemplo la casa devastada / el futuro*

hacinado ejercitando / la soledad del bullicio y la multitud / las prohibiciones y los atajos / y la herida que corre delante / de ella (poema “IV” —sentado, en la casa) o el poema “XXIV”: “*hoy huelen a flores los locos y los orines/en las esquinas de la ciudad [...]*” (“La ciudad y los locos”).

Su libro *De la desesperanza y otros poemas* es una obra sobria, de soledad contenida, radical. Los poemas “Mea Culpa”, “A los amigos”, “Dónde las certidumbres entrevistas”, declaran el desconcierto ante el silencio de Dios tal y como el mártir que con serenidad adivina su nacimiento, su vida y muerte avanzando en el discurso como si hablara con Gorgias sobre justicia, belleza y catástrofe: “*dónde la oculta ausencia de la verdad*” (“Dónde las certidumbres entrevistas”). De igual forma, su texto biográfico “Caos y amor desesperado”, contado en primera persona, tan perturbador como sincero, no nos deja indiferentes. Varios serán relatos y testimonios en clave exorcista para sanar a un hombre atormentado por su visión de la guerra e irán a ser depositados en su secreta descarga, el blog *Habana Luanda*, donde el escritor se desempeña como cronista deudor de verdades y cuadros historicistas al narrar los sucesos y experiencias de los cubanos enrolados en la guerra de Angola durante el quinquenio 1975-1990.

Imagino las bombas que caen abriendo cráteres y destrozándolo todo con la metralla y las ondas expansivas de las explosiones, mientras tanto dentro de la casa mi familia se tiende en el suelo y se estremece recogida, como en las tormentas eléctricas. (“Yo también sueño con aviones”)

Como ensayista, Raúl Tápanes escogió tópicos sensibles, siempre girando, conscientemente o no, alrededor de arquetipos, sea dentro del tema erótico (Kalidasa y las estaciones del erotismo) o por el acercamiento a aguas profundas donde la densidad del asunto pasa por la preocupación acerca de los poetas suicidas, éste fue un curioso registro que lo llevó al estudio titulado *El bello país de la muerte* que comprende el tema de esta práctica desde los aborígenes durante la conquista española —acá apreciamos la exposición de hechos que sumaron cifras espeluznantes—, hasta enumerar una larga lista de nombres contemporáneos que han acumulado porcientos preocupantes, y cierra la valoración con Edy Campa, Reinaldo Arenas, Raúl Hernández Novás, Ángel Escobar y otros valiosos intelectuales.

Sí, faltó mucho por compartir. El escritor que con humildad y talento conquistó el arte de la palabra más allá del caos, deja una costumbre, una sed donde se mezclan información y sensibilidad sin apagarse. Alivia saber que decidió elevar la memoria al grado de novela muy próxima a publicarse. Siempre quedará alguna anécdota pendiente, foto o frase relacionada con la labor metéorica de Raúl Tápanes, es por eso bienvenida la continuidad de *Arique*, donde se estará rearmando un cuerpo de ideas para mantener despierto un monumento hecho de profundidad y agudeza. ●

poemas

Los puentes rotos

LOBITO, PUERTO NEGRERO

Tras la ventana de los años contemplo el paisaje invariable
del puerto,
allá los barcos atrapados en la guerra
y las detonaciones submarinas de protección,
allá los vendedores de miseria en las esquinas:
trozos de caña, puñaditos de carbón y sexo hediondo;
abajo el barrio de los pobres,
barro sin ventanas
y mujeres bajando de los cerros
con insospechadas cargas en equilibrio permanente sobre sus cabezas,
caderas silenciosas como las caravanas negreras bajando
de la altiplanicie,
sin noticias de Baroja ni de novelistas de altura
(los escasos blancos pasan fugaces y escamoteados
en el fondo de sus autos cerca
de las aguas oscuras del Atlántico sur
que apestan y rebotan contra los acantilados).

La Habana, junio de 1996.

2

Nos hablan, nos cuentan, dicen,
señalan. Quieren pensar por nosotros
y nos llevan de las manos.
Y en fin no sabemos y queremos decir
pero nos lo dicen y andar pero nos llevan.
Nos acostumbramos entonces a fabular
tender los brazos,
estarnos quietos,
tranquilos

7

En este país dividido en país de día
y país de noche, donde las sábanas te apuñalan
y el sexo es un revólver, todo es dolor, llaga, herida purulenta
que drena interior, inacabable y callada,
pie dentro de la bota,
espina en la piel,
correa en los hombros, tierra extraña
por tanta distancia rota y desgarrada

8

De tanto desconfiar
ya no necesitamos nada, ya no desesperamos
del sol o la lluvia, andamos
en la neblina esperando desganadamente
no llegar a ninguna parte, sabedores
que no hay nada al final
del trote o del paso cansino
sino sólo eso, sólo nada en tanto ignoramos
si aún alguien desespera por nosotros,
resignadamente.

9

No hay planes ni esperanza de salvación, tampoco
sorpresas ni cosa alguna por venir, sencillamente
todo está en juego,
desnuda la ilusión y el duelo sobre la mesa,
igual indiferencia para la muerte
o el llanto de un niño. Ya no habrá escapatoria
ni salvación para nadie. No se podrá huir de la trampa
aunque se implore a Buda. No la tendrán
los que obedecieron ni los rebeldes, tampoco
los hipócritas o los amnésicos
que se muerden las uñas. O los que ignoran
qué cosa es una guerra. Ni siquiera

los que destrozan versos:
si acaso los muertos.

REITERACIONES O PEREGRINO AL BORDE DE LA TIERRA

V

quisieron muros y no hay más que puertas
lentas, de tránsito
a través del fragmentado lenguaje
de los viejos

se van, agotadas
las fuentes claras ante esos traidores
que venden convicciones
como cuentas de vidrio
—en la vaguedad de la orilla
el agua que contiene el vaso
parece cristal que calla—

IX

la tierra que albergó su huella
se olvida de sí ante la voz seca
y la palabra mojada: tanta cosa
inútil

la memoria teje, incesante
ya no —sin tiempo— la miro:
estas calles no dan al mar
sólo se arrastran cada vez

recito su cuerpo como era
como va siendo ya viejo el amor:
lo peor del mañana será quizás el recuerdo
¿quién puede atrapar su forma

amansar su cráneo
beber su labio inmóvil
buscando una noche para morir?
¿o es el infierno abismo
término de la esfera celestial?
Si mueres otra vez
ya no podré ser más el dolor

no hay nadie
ni tampoco yo
en el protocolo de la orilla
al centro
del genocidio de la angustia
del ballet de los ahorcados

XIII

el amor sin puntos cardinales
en el verano desnudo salta o muere
pero es la misma palabra, inconfesada
la fiebre fúlgida del deseo
y el cuerpo seco: mi derecho a hacer versos sobre el viento

muerdo la carne desgarrada
banco de peces en la sed de mi garganta.
Niego la cola del cometa.
Soy el proceso interminado
como el amor y el río

(los dos cuerpos que mueren
cada vez
en el secreto de cada instante
casi ángeles y casi perros
como aire que arde por las playas mancilladas
y la quietud
sólo una vez postrera y definitiva)

la amante cifra sus besos
en la impiedad del aire:

es cuando la sangre que emigra lenta
trae el calendario oculto de los peces
el reencontrado misterio
el amor sin puntos cardinales
los pormenores de la hecatombe

XIV

me espero a mí mismo y no llego
emito sonidos que parecen voces
en este jardín de inutilidades que nunca
florece

regreso con la espalda doblada
y cruzo el río a pesar de todo
lentamente

también se cae a pedazos
mi país íntimo
porque al suceso de los días
por la curva de la yerba
descienden los trenes sin pasajeros

en los nombres ruinosos de figuras
y nada más
me pierdo y siempre
regreso al mismo lugar

XVI

tan ancha la noche
que se pierden las orillas del canto
en el complicado juego
de la apariencia

la incertidumbre infinita
la turbiedad del oro

el niño que somos
al paso de la mano que llora
es el olor recién raspado
a madera
¿qué son estos pasos más cortos
cada vez
en la medida de la sombra?
¿qué el trapecio y la longitud del fuego
si entonces la luna es el declive
de los números impares?

tantos cambios y el rostro
cuasi el mismo, no cabeza, archivo
cuento infantil, triste
por creíble: un pez abierto
como una flor
la flor que navega y se aleja
por los desagües, los charcos,
el mar.

XIX (palabra final)

pueden decir entonces que las campanas
ya no suenan a plata
que blande escarnio el viento
los herrumbrosos contornos
cada piedra su signo
la paciencia como dogma

beberé mi gloria en el fondo del trago
el consuelo que se escurre
el imposible paraíso
la ilusión de la orquídea:
en definitiva perdonaré los clavos
y bendeciré

el impío musgo de los huesos
el cielo todo del ritual y el espejo

perdonadme por la censura que nunca
ejercí
la otra ciudad de la máscara
la otra máscara del polvo
la cárcel de la abeja
y la subsistencia de la rosa,
rosa de los pájaros que alzan vuelo,
al amanecer.
Los ojos llenos de ayer respiro apenas
el gesto que desaparece y flota
porque no decimos la mañana
sino su sombra

la línea es oblicua
pero el horizonte cierto en el camino
de la baraja
el círculo no acabado
un anatema el aire y esos tercos grillos
que cantan

XXV

la esperanza (si lo es)
ha de ser blanca en su insólita desnudez:
a partir de hoy sólo leeré la página virgen
la no escrita.
Cómo hacer la blancura y la piedra, Dios,
sin respirar?

seré bueno una vez muerto
ahora sólo soy yo y arañó y grito
y recelo del agua que viene y se disculpa
por la ausencia de los huesos
tan tristes como son por dentro, repetidos
cuando arrastran mi cabeza por la acera

y el árbol por la memoria
un dolor antiguo
es el bálsamo interior de las nubes

únicamente los maderos
debían flotar sobre las aguas
lejos de la mezquindad y este ojo derecho
casi ciego

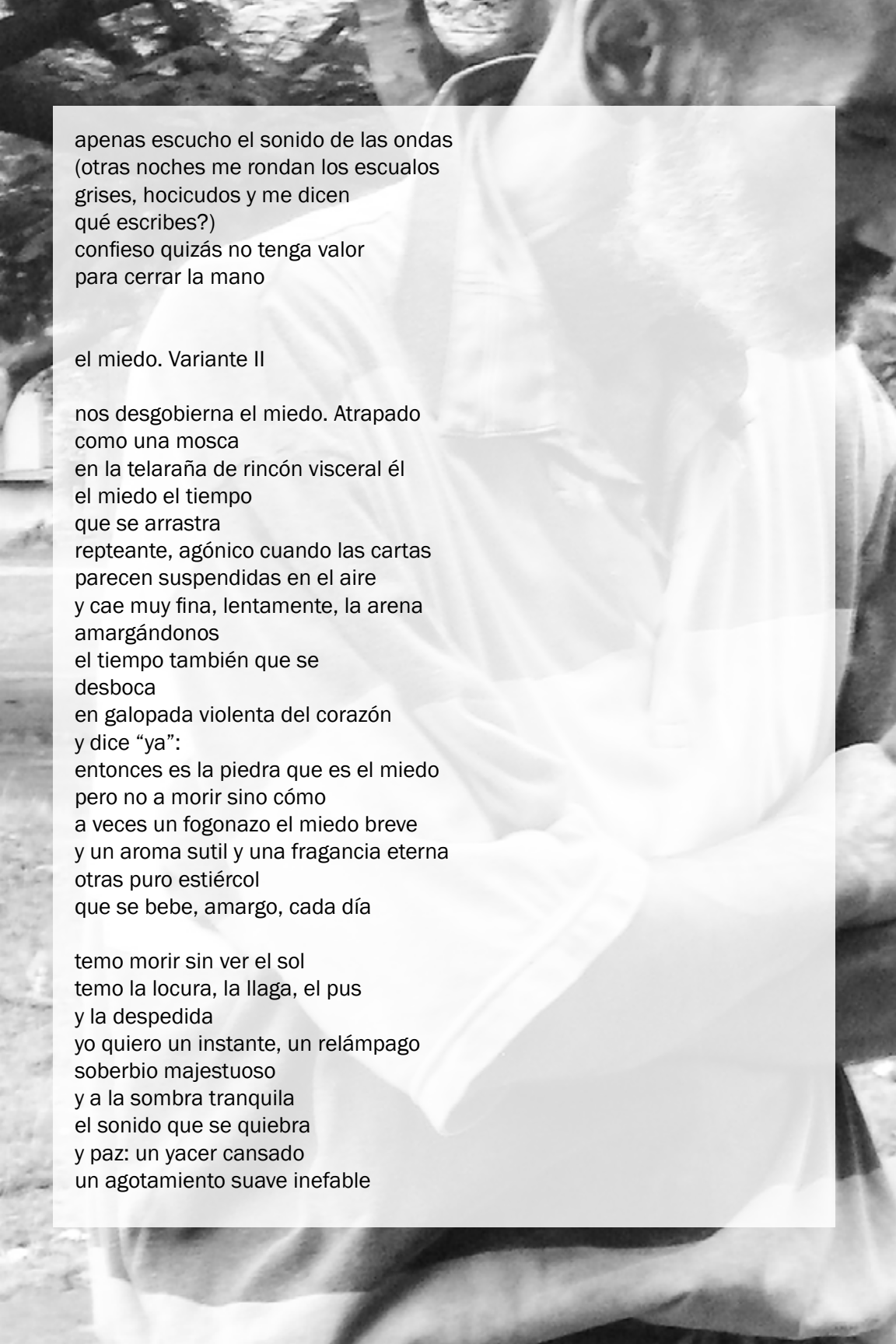
DEL MIEDO Y OTRAS CALAMIDADES

por qué nos torturan
después de muertos?
los hay que no tendrán descanso
nunca la paz
el sosiego
ya: vagarán después de muertos para arrastrar
huesos y piedras y pequeños pajaritos
con picos de oro

temblarán los muertos de estarlo
y nos repartiremos el ala o el vientre,
la piedrecita pequeña
el índice acusador de los niños

II

qué diría un muerto
ante esta morbidez cálida, pegajosa
acaso me escupiría la cara?
él también estaba allí, aferrado
con suerte, claro
porque a veces sabemos bien
no está donde debe
quizás no le permiten la entrada o salir
a veces no avisan a la prensa;
son tantos




apenas escucho el sonido de las ondas
(otras noches me rondan los escualos
grises, hocicudos y me dicen
qué escribes?)
confieso quizás no tenga valor
para cerrar la mano

el miedo. Variante II

nos des gobierna el miedo. Atrapado
como una mosca
en la telaraña de rincón visceral él
el miedo el tiempo
que se arrastra
repteante, agónico cuando las cartas
parecen suspendidas en el aire
y cae muy fina, lentamente, la arena
amargándonos
el tiempo también que se
desboca
en galopada violenta del corazón
y dice "ya":
entonces es la piedra que es el miedo
pero no a morir sino cómo
a veces un fagonazo el miedo breve
y un aroma sutil y una fragancia eterna
otras puro estiércol
que se bebe, amargo, cada día

temo morir sin ver el sol
temo la locura, la llaga, el pus
y la despedida
yo quiero un instante, un relámpago
soberbio majestuoso
y a la sombra tranquila
el sonido que se quiebra
y paz: un yacer cansado
un agotamiento suave inefable



a pleno mediodía con un fuego creciente
la suave brisa
y una ausencia de todo, sin fin

abrazado a nada
sobre las calles vacías

Marzo, sábado.

III. Vísperas del miedo

por qué se teme algo
sin importar el color de la piedra que arruina
la confianza toda?
por qué esquiva involuntaria
la mejilla el golpe
que oscuramente parió la entraña?
o el trueno aún no nacido?
es el miedo pequeño ratoncito que vive
debajo de la uña y en la punta
de la lengua
el miedo nos habita
y se acuesta en nuestras sábanas
el miedo en los ojos de los viejos
el miedo que mudo nos reprocha
la ventana
el espejo infame
el miedo que brota por las cañerías
y está en la elipsis del poema
miedo
a morirnos de miedo
miedo que nos inculcan inescrupulosos
los astros del horóscopo
y los perros del Dante
¡Oh Captain, my Captain! quizás mañana
aún en la infancia aprendas
a ocultarlo o dejarlo estar bajo la cola

cuando baja por los dientes esta rabia
porque en las vísperas del miedo
sabes? tendrás razones para
temernos a todos
odiarnos a todos

EPÍSTOLA A ALONSO EL BUENO

Quizás no debiste
haber renunciado a la espada.
¿Acaso destruirán los papeles la flota turca
y el cautiverio de estas puertas del siglo?
¿Do el sol?

No necesitamos el discurso de la salvación
ni los cuatro evangelios de nuestra derrota
ni el papel del verso escondido:
destruido será el dogma.

Estruendo,
relámpago que sin acaecer se agolpa,
cuelgan las nubes del miedo,
crujen las sábanas en los crepúsculos,
en la arena de las sandalias de los viandantes.

Es inútil comprender el sol,
la servilidad,
el retórico discurso de los héroes, los eternos caudillos,
arquitectos de silencios y penumbras.
No hay puertas, ni salidas. No hay mapas.

Develemos entonces
el oscuro complot de los bachilleres, duques y canónigos
ante los hipócritas aduladores,
los domesticados poetas éditos
y las olvidadas huellas de los peregrinos y caballeros,
la luz...
en fin.

SAN LÁZARO, CABALLERO ERRANTE

Entre vosotros y yo, ¿quién lleva la mejor parte? Esto es lo que nadie sabe, excepto Dios.

SÓCRATES

En la Avenida de los Presidentes
hace el poco frío que hace de vez en cuando
—al fondo las olas rompen sobre los inmóviles ojos de las rocas
y un Alfonso/Alonso cualquiera en las afueras
de un hotel también Presidente se aferra
dogmático/antidroctinario al viejo Lázaro,
poderoso San Lázaro
que cuida de su salud
para que recobre el movimiento de sus piernas-muñones
y no muera de pulmonía en la irradiante mañana
donde pide limosna, sobre el pavimento sucio
—tres pesos moneda nacional
y cinco centavos de dólar— al lado
del tropical caballero andante con muletas y perros,
sólo dos órbitas abiertas/ciegas y el rayo que no llega
en una figurita de plástico sobre la caja
de cartón sucio.

Parque de 23 y G 7:15 am.

EL CAMPO DE MONTIEL

Sale cada día sin yelmo ni bacín,
a golpe de luz,
a ritmo de conga
—*qué paso más chévere, el del turista es—*,
a recoger platos sucios y laticas de aluminio y botellas vacías,
comida rápida,
cerveza reciclable
—Cristal, la preferida de Cuba—,
en el viejo bar devenido *shopping* CUC
que luego vende como materia prima al Estado con mayúsculas
—*lo mío primero—*,

porque *dónde si no* le pagan su salario
de cucharitas de plástico y desechos de aluminio,
a tanto la libra, de sol
de negros y blancos con medallones que relampaguean
—gruesas cadenas de oro y plata al cuello—
que arriban en motos y autos rusos,
cuando ya el Beny no canta
—*Castellanos qué bueno baila usted*—
porque se acabaron las victrolas
y Contreras emigró a cierta galaxia lejana
—*déjala, déjala que se te vaya*—,
a tanto la libra de nuevos gringos
venidos del Central Park Hotel o del Habana Libre Tryp
—él jamás ha podido entrar allí—,
venidos de la vieja Europa
—él jamás podrá viajar a allí—,
a tanto la libra de astros apagados y muertos:
le resta su Habana, la cordillera de luces
—amarillas, frías, inmóviles—,
como el lejano campo manchego,
sobre el Malecón, alrededor de la bahía,
su nieta que estudia para licenciada en el Pre
o para jinetera si no le dan la beca,
y un par de zapatos *made in Brazil* a pesar de todo
para patear la falsa puerta del corral de Montiel.

En el Malecón, frente a 23. 1:30 pm, con sol quemante.

ENCANTAMIENTOS

En el mayo de las brujas
suenan las campanas (¿de Tréveris?) y bajan
meretrices y fornicantes
Rampa abajo, sobre el amarillo viento,
ante cerradas ventanas
de los altos e impávidos ministerios
para copular con los penes fríos de los íncubos,
para entregarse a los lobos blancos de dentellada amarga,

gigantes que regatean y pagan el sexo oloroso y húmedo
de los fieros animales ajusticiados de rodillas.

Entre miradas y gestos tienden
desnudas bajo las ropas, sus pechos desnudos,
puentes cómplices que el deseo incendia,
las almas en un ala las noches de Sabath
como aspas de molino,
como peces sin memoria. Una y otra vez
las jineteras sobre el malecón,
sobre el palo de escoba que lúbricas montan,
las aceras,
los parques,
las brujas,
las puertas de las profecías,
del anunciado espanto
(la belladona,
los mágicos unguentos para volar
el aquelarre del éxtasis,
el resplandor
que quema).

Angola:

testimonio de una guerra (fragmento)

2. PRIMERA VISIÓN DE LUANDA

Al amanecer, bajo una fina llovizna, entra el barco en la bahía de Luanda. El mando ha impartido órdenes precisas de no subir a cubierta. Una orden estúpida, como si los habitantes de Luanda o los agentes de la CIA no supieran todavía que cada nuevo barco trae miles de soldados más para la guerra. Los improvisados urinarios para su carga humana — tres paredes de madera contrachapada con un hueco que da al mar—, están en cubierta. Oficiales e incondicionales perros de dos patas en cada escalera impiden el acceso a ellos. Abajo el ambiente es tenso y cargado de malos olores y orines. Los que no aguantan se defecan en latas y papeles de diarios con las viejas noticias de veinte días atrás. Me estoy orinando, pero para orinar no me van a dejar subir. Quizás alguna posibilidad si me cago en los pantalones.

—¡Me estoy cagando, coño! ¡Me cago!

Subo los escalones de dos en dos, grito de nuevo, forcejeo, empujo y logro salir a cubierta, donde ya hay dos o tres privilegiados que llevan horas cagando y disfrutando del paisaje. Cerca de la proa, mientras el chorro de orine regre-

sa al mar, puedo echarle una ojeada al puerto y, un poco más allá, a un pedazo de ciudad. La impresión más dominante y abarcadora es apenas una sensación de lejanía, de extrañamiento. Veinte años después su recuerdo me evoca igual sentimiento. Decenas de barcos anclados y en su mayoría hundidos hasta la línea de flotación, esperando ser descargados, las instalaciones del puerto desiertas, las grúas inmóviles, un aspecto de abandono y desolación apenas interrumpido por un soldado de uniforme verde olivo y AKM al pecho dando pasitos cortos a la puerta de una nave, evidentemente un almacén. Elevaciones cubiertas de vegetación al norte y al centro las calles de la ciudad que desembocan en el puerto. Un edificio alto con un letrero que alguna vez fue lumínico y la palabra Cuca, que era una marca de cerveza muy conocida antes de la guerra y que se usa, por extensión, como el nombre mismo de la bebida. Un pedazo de avenida, más edificaciones. Todo desierto, deshabitado. Nada bello ni tampoco demasiado feo, sólo ajeno, lejano. Luego de orinar tanto como puedo y aspirar el aire limpio por una eternidad, no tengo

otra alternativa que regresar al vientre de la bestia, a la bodega del barco atestada de cuerpos que no se han bañado durante semanas. Alrededor de una botella de alcohol obtenida por no sé qué oscuros métodos, nos ponemos algunos compañeros a rumiar la espera. La radio portátil que alguien ha podido introducir en este infierno está sintonizada con *a emissora catolica de Luanda ao servico do povo* y deja oír a un engolado Roberto Carlos. Cuando termina el brasileño un locutor anuncia la próxima canción que, coincidencias de la puñetera vida, lleva el título de *A medio mundo del hogar* y, para colmo, interpretada en español: “A medio mundo del hogar, a media tierra

de ti...” canta una voz y no tenemos otro remedio que llorar al segundo o tercer trago del horrible brebaje. Al mediodía el calor es insoportable y la temperatura sigue subiendo los ánimos. Todavía encerrados en las bodegas los hombres, muchos con padecimientos diarreicos originados por el hacinamiento y la falta de higiene, se defecan en los pasillos, a los pies de las literas para dormir, por todas partes. Los más urgidos lo hacen en sus propias ropas o en sábanas y toallas. Ya no vale cagarse, mucho menos mearse, ya no dejan subir a nadie, de ninguna manera. Los comisarios políticos intentan calmar los ánimos mientras los oficiales siguen bloqueando el acceso



a cubierta. Las reiteradas explosiones submarinas que estremecen el barco y retumban en su casco contribuyen a configurar un ambiente digno de los manicomios de Goya: a intervalos irregulares una lancha rápida bordea los barcos surtos en el puerto y arroja numerosas cargas que explotan a diferentes profundidades para protegerlos del ataque de hombres-ranas enemigos. San Pablo de Luanda es una ciudad en guerra donde nada es seguro, ni siquiera el vientre de las naves cargadas de soldados extranjeros que arriban a su puerto. Convencido de que desembarcaremos aquí mismo, intento adivinar si seremos o no enviados al frente de combate en las próximas veinticuatro horas. Pero el anochecer de ese día infernal trae el alivio de temperaturas más frescas, de la posibilidad de seguir arrojando nuestras excrecencias humanas al mar y de un barco que reanuda la navegación rumbo al sur, bordeando la costa.

3. LOBITO

Desembarcamos en Lobito al mediodía, a un costado de la Avenida de Independencia. Atravesamos la ciudad en camiones de la FAPLA. En las esquinas los vendedores ofrecen, expuestas sobre el asfalto, sus miserables riquezas: puñados de carbón, trozos de caña de azúcar, ropas sucias, alguna piña que es casi un milagro. Algunos pocos nos saludan haciendo la señal de la victoria con los dedos. Letreros, pintadas, grafitis, propaganda política por todas partes. Del MPLA, de la UNITA y algunas pocas del FNLA. Savimbi en su uniforme de campaña, la bandera rojinegra de Neto. Acam-

pamos en una zona alta, cerca del aeropuerto, en un viejo edificio abandonado y saqueado. El batallón se dispersa por los tres pisos. Las puertas destrozadas, restos de comida, basura y excrementos por todos lados. En el patio restos humanos a medio enterrar. En la pared de la habitación que escojo alguien escribió: *Deus na ceu, Savimbi na terra, abaixo Neto*. A media tarde un tiroteo intenso, hasta siento las balas rebotar en las paredes. Me arrastro hasta el balcón estoy en el tercer piso- semidesnudo pero con el fusil en la mano, trato de orientarme y empiezan a aparecer rostros y fusiles por todas partes, pero sólo son municiones que explotan y salen sin rumbo: alguien ha prendido fuego a un basurero cargado de balas. Al caer la noche aún no hay orden en el improvisado campamento; los oficiales han desaparecido al parecer en una interminable reunión, no han desembarcado las cocinas de campaña y debemos comer de la reserva de nuestras mochilas. La carne rusa a punta de bayoneta, rebosante de grasa y hojas de laurel, no resulta muy agradable. Aprovechamos para dar una vuelta por las calles aledañas. Regreso y me acuesto a dormir sobre el piso, espantando a las cucarachas que se pasean sobre mi cuerpo en mi primera noche en África. Un grupo de compañeros más osados decidió bajar hasta los barrios de Caponte y Canata, en busca de diversión: alguien corrió la voz que había algunos burdeles por allí. Llegaron a un bar, les brindaron bulunga, bailaron, se divirtieron y algún que otro afortunado hasta consiguió un poco de sexo gratis. Borrachos unos y cansados otros regre-

saron bien entrada la madrugada. Al día siguiente los cadáveres de tres cubanos, uno de ellos conocido como El habanero, amanecieron apuñalados sobre las sucias sábanas de un burdel. Al menos nuestras primeras bajas cayeron en el más glorioso de nuestros combates. Llenos de rabia nos desahogamos ese día, el último en Lobito, recorriendo las calles de la zona disparando al aire y saqueando, una vez más, las casas que ya habían sido violadas una y otra vez. La mayoría estaban deshabitadas, abandonadas por sus dueños.

4. LA CARAVANA

Al fin han terminado de desembarcar los vehículos de transporte que venían en el buque. Nos levantan de madrugada y luego de un líquido caliente que parece leche y horas perdidas organizando una columna que nunca fue organizada, partimos al amanecer rumbo a Huambo; un viaje de 250 km desde la costa hasta la meseta central. Es una larga columna para desplazar el tercer batallón y sus unidades de apoyo, una batería de cañones de 76 mm, batería de ametralladoras antiaéreas ZPU-4, escuadras de morteros y ametralladoras pesadas, etc. Los vehículos de transporte de la tropa son los viejos camiones rusos ZIL-130 y los obsoletos BTR-52, un blindado sin cubierta superior. La marcha es lenta, en el orden establecido y siempre manteniéndose el contacto visual entre vehículos. Para el mediodía las roturas y la necesaria exploración del terreno han provocado que aún no se cubra ni la tercera parte del trayecto. A media tarde comienza una fuerte lluvia. El agua cae

como lanzada en baldes y lo anega todo. La columna se alarga y cada vez hay más vehículos a remolque, los mecánicos no dan abasto tratando de solucionar las roturas. Los equipos de radio dejan de funcionar a medida que vamos entrando en un terreno montañoso, donde la carretera es una estrecha herida entre formaciones rocosas.

5. HUAMBO

(El instituto de investigaciones agrícolas de Chianga, en las afueras de Huambo, era reconocido internacionalmente antes de 1975, cuando la UNITA y el FNLA proclaman un gobierno conjunto en Huambo. En enero de 1976, cuando las tropas cubanas entran en Huambo por primera vez, las instalaciones del instituto fueron utilizadas como campamento militar por el RIM bajo las órdenes del comandante Díaz Fleitas. Los recién llegados soldados contribuyeron aún más al deterioro que ya sufrían el inmueble y las instalaciones, saqueados por los guerrilleros del FNLA que anteriormente habían pernoctado allí. Con la precaria pero progresiva regularización del funcionamiento de las estructuras gubernamentales, el instituto volvió a cobrar vida hasta que la ciudad cayó en manos de las guerrillas de Savimbi en 1993. En noviembre de 1994 las tropas gubernamentales reconquistan Huambo y el instituto es nuevamente saqueado y destruido. Los instrumentos de laboratorio, muebles y otros bienes son robados o destrozados, las puertas, partes de madera y la mayoría de los libros de la biblioteca son usados, como en 1976, para alimentar hogueras donde los sol-

dados calientan el rancho o se protegen del frío.) Mayor Cadenas RIM Sur, con tres batallones de infantería mecanizada (BIM). Dos batallones dislocados en Tchamutete y Tchivemba, y el tercero Bon.2 en Cahama; al frente de este último el Mayor Cadenas. Cahama era entonces, antes de la construcción del aeropuerto, un pequeño poblado sobre la carretera, a mitad de camino entre la frontera y Lubango. Apenas una decena de construcciones sólidas, entre ellas dos estaciones de gasolina, una de la Shell y otra de la Texaco, con sus anuncios acribillados a balazos y un generador de electricidad que funcionaba tres o cuatro horas cada noche cuando tenía combustible. Bajo esos pocos techos estaban alojadas las tres compañías de infantería, unos 360 hombres, una batería de artillería antiaérea, otra de cañones ligeros —3 piezas— y un batallón de tanques. Excepto alguna que otra misión de exploración o apoyo, la vida de los allí acampados transcurría monótona y sin ninguna distracción. Los pocos ejercicios de entrenamiento y preparación combativa según los términos castrenses, no alcanzaban a mantener ocupados a los soldados porque eran ejecutados de mala gana y sin mucha planificación. La caza se convertía entonces en casi la única distracción. Aunque oficialmente prohibida, nunca se dejó de cazar. Los oficiales o se dedicaban a ella por afición o la permitían para reforzar la siempre escasa alimentación de ellos o de la tropa. En Cahama los oficiales del Estado Mayor del batallón salían de cacería en las noches, varias veces a la semana. Generalmente encabezados por

el oficial de la CI, El Inteligente o El Trinca en la jerga de los soldados, salían en vehículos ligeros al caer la noche y regresaban al amanecer, casi siempre con caza mayor como jolongos, ciervos o impalas. Los soldados, que no disponían de vehículos ni podían abandonar el perímetro del campamento, debían conformarse con lo que estaba a su alcance. Al oeste un río que de norte a sur

SÁ DA BANDEIRA, LUEGO LUBANGO, 1976

Dios no está en África, hace tiempo que se fue de allí. Y no es sólo una frase de Bruce Willis o de algún veterano de las guerrillas de Savimbi que durante más de treinta años pelearon contra el ejército portugués, los soldados cubanos o las tropas del gobierno del MPLA. África es un continente de espanto donde aún hoy mueren miles de seres humanos cada día sin conocer estos blandos privilegios de teclear una historia en un ordenador o de leerla, sin saber por qué ni a qué vinieron a este mundo. Las distancias son enormes, las dimensiones de la naturaleza visible son monstruosas, lo oculto en la subjetividad de los hombres es complejo y en ocasiones aberrante. Aquí tienes la sensación de estar distante de todo y comprendes que no vale llorar porque es ridículo mostrar dolor en los círculos infernales del Dante. Pero en las alturas que rodean a Sá da Bandeira se está más cerca de Dios que en cualquier otra parte, aunque él se haya ido. La ciudad de un blanco polvoriento yace allá abajo, velada por estos cerros de piedra. Sobre el más alto promontorio un Cristo de piedra blanca con sus brazos en cruz, quizás remedo africano de

un lejano pariente en Río de Janeiro. Las calles y avenidas parecen desiertas, no se aprecia movimiento alguno, todo es silencio y quietud en el tiempo que precede a la violencia. Bajo sus techos rojizos y los muros de sus casas se ocultan, respiración agitada y manos que tiemblan, algunos hombres que han decidido esperar allí lo desconocido que se les viene encima, aspirando quizás a la gloria o deseando desesperados la muerte. Lo han estado esperando durante semanas enteras mientras llegaban las noticias del frente en el noroeste. La columna blindada sudafricana que constituía un dique de contención al avance de las tropas cubanas dejó la ciudad hace días. Apenas unas horas atrás los altos mandos de la UNITA y el FNLA abandonaron a su suerte a los que ahora se sienten como bestias acorraladas. Nosotros nos preparamos para tomar un objetivo militar en el fin del mundo. La columna se pone en marcha. Muy lentos se van desplazando los vehículos cubiertos de polvo, ramas secas y manchones de camuflaje verdeamarillento. Bajan la cuesta todavía con los soldados colgando en racimos de las escotillas, poniéndose los cascos y ajustándose el correaje. Una bengala se eleva desde uno de los cerros y tras arder en el cielo rojizo desciende, iluminándolo todo. Es la señal para la toma de la ciudad. Tanques, blindados y camiones cargados de soldados apresuran la marcha. A toda velocidad irrumpimos en las calles de Lubango. Un grupo avanzado de katangueses, angolanos y cubanos ha entrado ya, precediendo a nuestra columna. Se escuchan tiros, detonaciones aisladas y el bombar-

deo esporádico desde las sierras que la rodean. La ciudad, que por ahora no es de nadie sino de la guerra, se desangra y autodestruye entre los francotiradores del ELNA, los irregulares de Caballo loco y los cubanos que ya llegan. En la medialuz del anochecer Sá da Bandeira es un cadáver insepulto: las calles desiertas y llenas de basura, escombros, vehículos volcados y cuanta porquería se puede imaginar; fachadas tiroteadas, vidrieras destrozadas, anuncios y cables en el piso y miles de grafitis, consignas, pancartas y propaganda de la UNITA, del FNLA, de Neto, banderas rojiverdes y pasquines de Savimbi con su uniforme verdeolivo. Cruzan disparos los francotiradores atrincherados en edificios altos con los hombres de Caballo loco, que corren por todas partes saqueando y destruyendo. Columnas de humo se elevan en barrios donde arden carros y casas. Las tropas cubanas avanzan hacia los puntos estratégicos: el aeropuerto, el antiguo Cuartel de los portugueses, el palacio de gobierno, la estación de radio. Desde un edificio un francotirador de Holden Roberto está diezmando el acceso al liceo. Sus disparos ribetean las escotillas del primer blindado que entra a la calle. Instintivamente los soldados agachan las cabezas y se apartan de los visores, pero repuestos de la primera impresión, uno de ellos se prepara a salir por la portezuela trasera.

—¡Cúbranme, que voy a cogerlo!

El hombre se deja caer sobre el asfalto y rueda hasta los escombros que cubren la acera. Desde el blindado sus compañeros vacían los cargadores sobre el edificio. Pasados unos segundos

baja el volumen de fuego. El francotirador vuelve a martillarlos tiro a tiro. Pero ya el hombre de los escombros lo ha localizado y le apunta con cuidado. Un disparo del Lenin y el francotirador cae desde seis pisos de altura por el disparo de otro tirador. Un reguero de sesos se esparce al impactar la cabeza en la calle. Unos minutos de expectativa para comprobar si no surgen más disparos. Algunos soldados se acercan al muerto. La cabeza, vaciada por la bala y la caída, permite apreciar como un guante vacío, un rostro afilado con un encaracolado chivo. Pero la resistencia no es seria. Los comandantes de la UNITA y la mayor parte de los guerrilleros han abandonado la ciudad. Los pocos que se han quedado no cuentan con armas pesadas ni elementos antitanques para detener a las tropas regulares. Uno a uno son cazados los que resisten desde alguna azotea o tras una improvisada barricada. Soldados cubanos y gubernamentales entran en casas y comercios derribando puertas en busca de enemigos y de armas. Los pasquines de Savimbi son arrancados. La noche sin luna resulta una agonía para los escasos pobladores y los mismos cubanos, que del quemante sol deben pasar a una temperatura de tres o cuatro grados bajo un cielo profundo, iluminado de vez en cuando por las bengalas, los incendios y las balas trazadoras de los soldados del MPLA que recorren las calles saqueando y bebiendo bulunga.

EMBOSCADA. CAIUNDO, SUR DE ANGOLA, SEPTIEMBRE 1976

Bajo los árboles el humo de los mor-

teros lo inunda todo y aún no se disipa. Las bombas han abierto embudos, han destrozado ramas y hasta árboles enteros han sido arrancados de raíz por las explosiones. Doscientos metros y se ve un rastro de sangre sobre la yerba; luego una bota desgarrada, un abrigo agujereado, un cargador de fusil vacío. A doscientos cincuenta está, todavía apoyado a un tronco, un lanzacohetes LAW-2 con su granada activada. De improviso el guía rompe en gritos desahogados: en el cráter de una explosión tres cuerpos ensangrentados sobre la tierra removida, uno más cerca, los otros más alejados. Sánchez se echa a correr sobre ellos con el AKM en ristre. Un cuerpo se contorsiona mientras grita en una mezcla de español y portugués:

—*¡Não me mate, camarada, não me mate!*

Sánchez lo encañona y grita a su vez. El joven que estaba sentado frente a él en la cama del camión se acerca con la mochila de primeros auxilios... Una hora después todo ha concluido sin saberse de quién ha sido la victoria. La emboscada no causó bajas a la columna cubana, en tanto tres guerrilleros resultaron muertos o heridos y abandonados a su suerte. Pero la columna se ha visto frenada en su avance hacia la base de los rebeldes. De los tres hombres capturados uno es cadáver, otro está herido grave y el tercero sólo levemente. Este último ha sido llevado ante El inteligente que realiza los primeros interrogatorios. El herido grave, junto al muerto, yace sobre la cama del camión, rodeado de reclutas que se acercan para saber cómo es un enemigo, por respeto o por miedo. Sobre

las tablas del piso se mezclan la sangre del vivo y del muerto formando coágulos negros. Las moscas y los abejorros zumban y sobrevuelan los fluidos, el sudor y el rancio olor a animal con miedo. Los cuerpos de negros y blancos, vivos y muertos, apestan bajo el sol africano. El herido tiene las piernas destrozadas y esquirlas de acero en el pecho. El sanitario le lava los desgarrones con el agua de las cantimploras que le van alcanzando. Le da vuelta al negro para quitarle la camisa y no puede contener los deseos de vomitar: la espalda es un colador, con decenas de pequeños huecos diabólicamente similares, redondos y limpios. Desiste de su empeño y lo vuelve a dejar tendido boca arriba. El negro le sonrío, como agradeciendo sus atenciones o burlándose de su compasión, con sus blancos dientes de animal. Y al sa-

nitario le tiemblan las manos de pensar con horror cómo ese negro casi muerto, mucho más muerto que vivo, sonrío... y tiene los dientes tan blancos entre tanta sangre y miseria. El negro mira con avidez el cigarrillo que fuma Sánchez y éste le hace un gesto ofreciéndole otro. Unas largas bocanadas ayudado por el cubano —tiene alguna movilidad únicamente en la mano izquierda— y el angolano se va relajando.

—¿Tú eres de por aquí? —le pregunta Sánchez, entre gestos. El angolano hace señas como si no entendiera la pregunta.

—¿Dónde naciste? —vuelve Sánchez a la carga.

—*Nascer? Ah, sim camarada! Preto nasceu na Cabinda, mais ao norte...*

—¿De Cabinda... y qué haces aquí?

El negro calla unos instantes



vacilando entre el temor de ofenderlo y el de no responder sus preguntas.

—Mujer, hijos... ¿tienes? —vuelve el cubano.

—*Sim, camarada. Eu tenho filhos e mulher...*

—¿En Cabinda?

—*Não... Aqui no sur* —vacila al responder—. *Estamos a fugir dos cubanos...*

—No jodas, *kwacha*, ¿desde Cabinda con tu negra, tus hijos y sin zapatos? ¿Hasta aquí? No jodas. ¿Qué tú eres en la UNITA?

Los ojos del negro intentan comprender qué se espera de él.

—*Eu sou um soldado ferido, camarada...*

—¿Camarada tuyo, yo? El camarada tuyo es Savimbi...

—*Oh, sim! Savimbi!* —los ojos del negro brillan—. *Savimbi é nosso chefe!*

—¿Por qué estás con Savimbi? ¿Qué coño tú te crees, *kwacha*, que somos bobos?

El angolano calla, pero sigue sonriendo.

—¿Qué tiempo llevas en la mata?

—*Dois... não, três anos. Primeiro os portugueses, mais tarde os cubanos...*

—Negro... ¿cómo te llamas?

—*Lumumba!* —responde con orgullo.

—Ah, Lumumba. Tienes un gran nombre. Mira, Lumumba, los cubanos vinimos a ayudarlos a ustedes, no somos como los portugueses, no queremos quedarnos, no vinimos a cogerles nada, sólo a ayudarlos y después nos vamos.

Lumumba mira con recelo, como si quisiera creer lo que está oyendo. Y, como llegan las palabras a su mente, con lentitud, dice:

—*E por que não van-se embora?*

—Porque estamos ayudándolos a ustedes a sacar de aquí a los zairenses, a los sudafricanos, a los americanos...

—*Eu vejo aqui só cubanos, camarada, não vejo ninguém mais... Por que os cubanos não van-se embora? Por que não van-se embora agora?*

Sánchez se aparta un poco. Va a sacar la cantimplora de la funda, pero se da cuenta de que está vacía. Una cantimplora de agua al día no alcanza para tomar y lavar heridas. Saca del bolsillo una pastilla de sal. Algunos soldados se han retirado a descansar, otros hacen la defensa circular. La columna aún no se pone en marcha.

SEGUNDA VISIÓN DE LUANDA

La segunda visión de Luanda (1977) es tan fugaz como la primera y siempre desde las aguas, aunque esta vez fondeamos en la bahía durante dos semanas. Nuestro barco espera la llegada de otras embarcaciones —que también transportan tropas que regresan a casa— para conformar un convoy con destino a la Isla. Al parecer otro motivo de demora es la necesaria coordinación con los submarinos rusos que deben proteger la ruta de navegación. El mismo pedazo de ciudad, las fragmentadas impresiones de alejamiento, de monstruosas distancias, de aguaceros repentinos, las ya conocidas explosiones antisubmarinas y las que de vez en cuando producían los saboteadores en la ciudad, originando aparatosos incendios de un humo negro y denso. Hemos ganado la guerra, pero hay tan poco movimiento en las calles como antes, más barcos a la espera,

más guardias con AKM y el mismo letrero apagado de una marca de cerveza que ya no existe. Al lado de nuestra nave, casi borda con borda, un barco holandés cargado de manzanas, manzanas a granel, llenando la cubierta, entre los pies de los tripulantes, por todas partes. Manzanas rojas que se podrían en la larga espera y que nos lanzaban, tantas como necesitábamos para saciar nuestra hambre, sus nórdicos tripulantes, al grito de “¡Castro, Castro!”, mientras nos tomaban fotografías como a animales de feria o de parque zoológico.

LAS CARTAS

La llegada del avión era siempre un alboroto para aquel grupo de cubanos que se jugaban la vida a catorce mil kilómetros de su Isla. Por un rato, el tabaco, la comida y el resto del avituallamiento que venía en el avión pasaba a un segundo plano y lo único importante era averiguar si uno estaba entre los suertudos que ese día recibirían noticias de la familia. Durante la entrega de la correspondencia los solteros eran siempre quienes mejor la pasaban. Para los casados, sobre todo si eran militantes del Partido, el asunto se tornaba peligroso. Hasta que escuchaba su nombre y recibía un sobre normal y corriente, la gente, aunque riera y lo tomara a guasa, siempre sudaba frío por dentro. Había, incluso, quienes hubieran preferido estar en la selva que tener que vivir el suplicio de la falta de intimidad y las bromas del grupo. Los cubanos que fueron a Angola, si eran hombres y militaban en las filas del Partido Comunista, sabían que, en Cuba, un grupo de apoyo integrado por

otros militantes como ellos y militares, atendía y controlaba lo que sucedía en su familia. Si alguien de la casa rebasaba los límites y, sobre todo, si la mujer sacaba los pies del tiesto, el combatiente internacionalista recibiría una de aquellas famosas cartas amarillas contándole los pormenores de la traición y animándolo a romper y a decidir entre la infiel o el Partido, porque ningún militante comunista cubano podía perder prestigio entre el pueblo y andar por ahí con una cornamenta mayor que la del padre de Bamby. Recibir uno de aquellos nefastos documentos y tener que vivir bajo el fuego cruzado de las bromas y burlas de quienes estaban en el campamento era una de las peores cosas que le podía pasar a cualquiera. Lo que debía ser un problema entre dos, en aquellas circunstancias se convertía en un problema público que la víctima arrastraría mientras alguno de los que allí estaba conservase la memoria. Aunque nadie se atreviera a comentarlo, el cumplimiento de una misión internacionalista significaba un factor de alto riesgo para la integridad de la ya maltrecha unión de las familias cubanas. El gobierno de La Habana, después de llevar años enviando a los cubanos a los más distantes conflictos bélicos internacionales, ha dado una versión del número de bajas sufridas en dichas aventuras. Sin embargo, nunca se ha atrevido a publicar el número de divorcios que han generados tales campañas. Pocas veces he visto tanta presión para los machos cubanos. Nunca he visto tanto acoso para las mujeres que quedaron solas y compuestas en Cuba, y sobre todo para las que salían

del país como internacionalistas. He visto, personalmente, cómo a la llegada de los vuelos a Luanda con carne femenina fresca, muchos jefes militares y civiles aparcaban sus todoterrenos cerca de la pista de aterrizaje y, a la vista de todos, seleccionaban a las nuevas candidatas de su harén. Pero eso sucedía en Luanda y nosotros estábamos en un sitio donde había solamente hombres viviendo a tope su soledad.

EL REGRESO

Después de apagar los motores y de un calor pegajoso, abrieron la puerta del avión y la banda de música comenzó a tocar. Para la mayoría de aquellos chicos, sobrevivientes de la locura del jefe máximo, la ceremonia resultaba emocionante. Para quienes vivíamos de escribir y fotografiar lo que allí pasaba, aquello sirvió para que la realidad nos ayudara a descubrir la farsa. Abajo, como siempre, estaban los políticos y funcionarios a quienes el Partido les había ordenado venir al recibimiento. Muchos, por sus cargos, eran reincidentes y estaban hasta la coronilla de tener que repetir siempre el gesto marcial ante el himno y la sonrisa agradecida y el apretón de manos a cada uno de los combatientes. Los recién llegados olían a la grasa de conservación que se le echa a las botas militares rusas. Vestían uniformes de camuflaje, casi todos llevaban relojes comprados o contrabandeados en las candongas o mercados ambulantes. Los seleccionados para bajar primero casi siempre eran los que más medallas llevaban en la pechera del uniforme. Delante iban los más presen-

tables, los más altos y fuertes. E incluso se buscaba alternar militares blancos y negros. Los cientos de mutilados, los heridos, los locos, los suicidas y otros muchos no tenían sitio en el guion. Los políticos y los funcionarios militares y civiles, generalmente, vestían unas horrendas combinaciones llamadas safaris, o las emputecidas guayaberas que desde hacía un tiempo habían dejado de ser símbolo de cubanía para convertirse en uniforme de los trabajadores de confianza del régimen y de la policía secreta. Entre los hombres eran usuales los botines de media caña con cierre de cremallera que intentaban parecerse a las que usaba el tirano. Los más vinculados a occidente llevaban vaqueros Levis Straus y Rolex, en muchos casos regalados por el propio dueño de Cuba como pago a algún encargo bien ejecutado. Por el perfume que llevaban uno podía conocer también el área y la categoría donde trabajaba el funcionario. Los que frecuentaban España y eran de nueva promoción, gastaban Agua Brava y se les olía a la legua. Los de Francia: Yves Saint Laurent. Los que habían estudiado en Rusia, colonias dulzonas. Los que trabajaban en América preferían el Brut y, si eran ya entrados en años, Barón Dandy o colonia Heno de Pravia, ligada con algún perfume cubano. No sé en qué momento lo hacían y cómo se las ingeniaban, pero todos aquellos ejemplares que eran mandados a recibir a los que llegaban de Angola, siempre se echaban perfume en la mano que tenían que estrechar a la fuerza. Era como si así se protegieran de alguna contagiosa enfermedad. ●



